CUANDO SE DETENGAN LAS ESTRELLAS

JOE MOGAR



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CUANDO SE DETENGAN LAS ESTRELLAS

JOE MOGAR

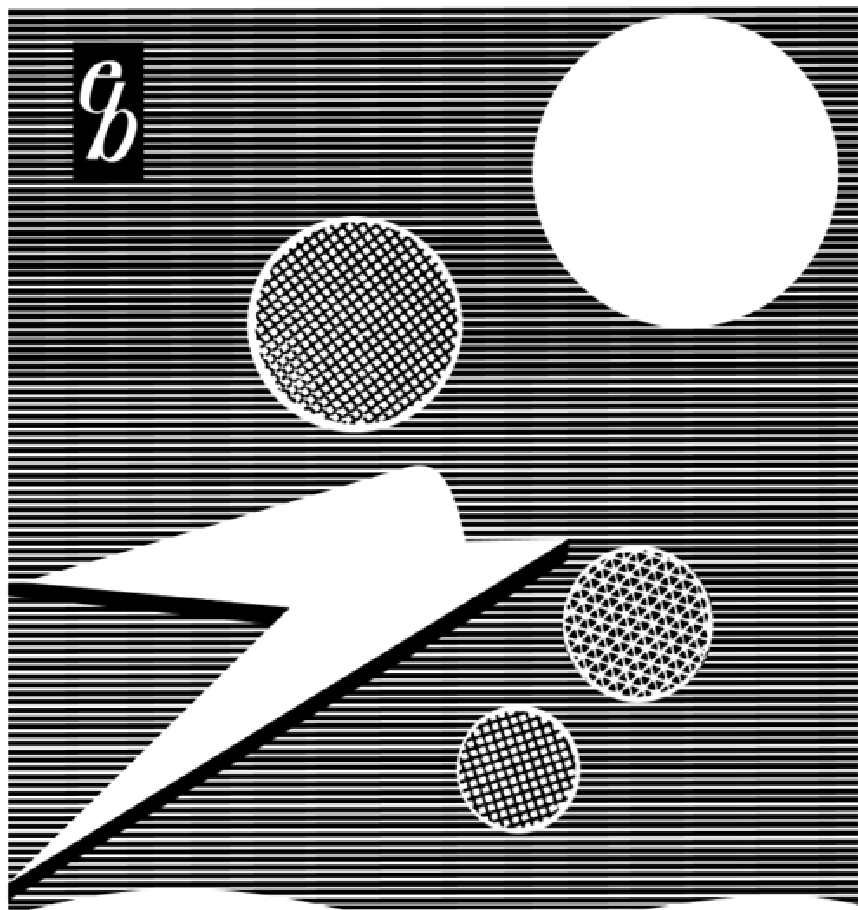




BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

JOE MOGAR

CUANDO SE DETENGAN LAS ESTRELLAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 71

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito Legal B 40.624-1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

1. — Tiempo invertido, *Glenn Parrish.*
2. — Un trazo de luz, *A. Thorkent.*
3. — La araña espacial, *Glenn Parrish.*
4. — El planeta de los muertos vivientes, *Keith Luger.*

1. —Perdidos en Venus, *Cliff Bradley.*

CAPÍTULO PRIMERO

Avoa esperaba.

Hacía horas.

Exactamente seis.

Trescientos sesenta minutos en el transcurso de los cuales sólo

hizo dos cosas: pasearse de un lado para otro, como una fiera enjaulada, y clavar los ojos en el reloj de pared, donde las saetas parecían soldadas a la esfera.

No obstante se movían con una lentitud desesperante, pero era así.

Avoa sabía que ya faltaba poco.

Unos cuarenta y cinco minutos más y todo habría terminado.

Pero estaba tranquilo, indiferente; Avoa no tenía miedo ni a lo que pudiera encontrar más allá de la dimensión en que se encontraba. En la dimensión en que gravitaba el planeta Tierra en aquel año de 1989.

Meditaba.

Repasando mentalmente los hechos que le habían conducido hasta allí, hasta aquel actual estado de cosas, diciéndose que paso a paso, segundo a segundo, si volviera a nacer lo repetiría sin remordimiento alguno de conciencia.

Llegaba a esta conclusión cuando desvió una vez más los ojos de cosa inteligente hacia el reloj que tenía casi sobre su cabeza.

Quince minutos; un cuarto de hora más y la puerta que tenía ahora a su espalda se abriría, dando lugar al principio del fin de todas las cosas.

Se encogió de hombros.

No importaba.

Con, aquel paso, con los que tendría que dar a partir del momento en que la puerta se abriera, el pasado y el presente quedarían definitivamente muertos; lo mismo que lo estaría él minutos más tarde.

El reloj, de nuevo el reloj, una vez más con los ojos fijos en las saetas que a pesar de no semejar moverse iban marcando el tiempo de modo inexorable.

Hasta llegar al fatídico segundo final.

Avoa rebuscó en sus bolsillos.

No sentía nerviosismo alguno, ésa era la verdad, pero un cigarrillo le sentaría bien. Sólo dos.

Uno para aquel momento y el otro, quizá para el verdugo.

Encendió el primero y el segundo lo arrugó, destrozándolo dentro del paquete de «Chester», y lanzó la primera bocanada de humo contra la esfera del reloj de pared.

Se rió.

Risa tranquila, sin excentricidad, suave, firme, de una firmeza aterradora, tan firme como estaba su pulso y sus piernas que no temblaban ante la cercana muerte.

Tres minutos.

Formó tres anillos perfectos de humo que disparó, uno tras otro, contra la esfera, como una burla contra aquélla y contra sí mismo, contra todos los que habían intervenido en su juicio, en su condena y ahora, dentro de muy poco ya, en su ejecución.

Lanzó la punta al suelo, la aplastó con el zapato y se volvió a mirar a la puerta.

Escuchó.

No oía nada, pero Avoa sabía que ya se encontraban allí, avanzando por el pasillo en silencio, como un cortejo fúnebre.

Como lo que eran en realidad.

No se equivocó. ,

Con perfecta claridad oyó cómo penetraba la llave en la cerradura, luego el descorrer de los cerrojos y la puerta se abrió.

Eran cuatro.

El alcaide, el médico, y dos de los guardianes.

— ¿Vamos?

Les miró alternativamente notando que tenía deseos de reírse en sus caras porque la pregunta era ridícula en sí.

¿Qué podía contestar? ¿Acaso que no deseaba seguirles? ¿Le

hubieran hecho caso de negarse?

Reprimiéndose, Avoa contestó:

—Estoy dispuesto.

Le abrieron paso, colocándose a ambos lados, de nuevo en silencio, y empezó a andar sin miedo alguno hacia la sala de la muerte; hacia el lugar donde le esperaba la silla eléctrica.

La puerta de acero se abrió frente a él.

Primero pasó el alcaide, luego lo hizo él, y detrás el resto del séquito.

Con paso firme, sin apresurarse, sin temblar, alcanzó el centro de la sala.

Frente a Avoa, a pocos pasos, quedó la silla, la fatídica silla.

Le tomaron de los brazos y tiraron de él.

Avoa no se resistió; sólo dijo:

—Iré yo solo.

Lo soltaron y él mismo, sin un solo temblor, como si el ir a la muerte para él fuera la cosa más natural del mundo, avanzó los pasos que le faltaban y se dejó caer en el sillón con los brazos sobre aquellos otros que llevaban la muerte.

Le sujetaron con correas las manos y las piernas y claramente notó cómo desgarraban la pernera de su pantalón para colocarle el electrodo; miró al alcaide.

— ¿Quiere alguna cosa antes de morir, Avoa? —No. Es decir… si volviera a vivir, alcaide, esta escena se repetiría. Eso fue todo.

En su pierna quedó ajustado el electrodo, y sobre su cabeza el capuchón con el casco metálico.

Unos segundos, no muchos, y una enguantada mano en negro se cerró sobre la empuñadura de un interruptor que bajó a continuación.

Fuera, en la calle, las luces de la ciudad sufrieron una acusada pérdida de brillo y luego, en contados segundos, recobraron su habitual intensidad.

Y la ciudad supo que Avoa había muerto...

* * *

—Quiero tener un hijo.

La soltó, apartándola de sí mismo y la miró.

Era menudita, graciosa, algo muy frágil, que parecía ir a romperse en el momento menos pensado, pero él sabía que no.

—No puede ser —dijo.

— ¿Por qué? ¿Por qué yo no puedo y otras sí? Ana tiene tres, y otras personas incluso algunos más —lo prendió por los hombros, aplastándose contra él—. Lo deseo tanto, Dee.

—Hay que esperar, y tú lo sabes.

Ella le miró con los ojos tristes, ojos de perro apaleado y una vez más repitió:

— ¿Por qué?

—Está todo calculado.

— ¿Sólo para mí?

—Para todos, Muriel, y tú lo sabes...

—Pero yo... ¡Oh, Dee! ¿Cuándo terminará esto? ¿Es que no... no, lo sabremos nunca? ¿Por qué tenemos que esperar a que muera uno de nosotros para que nazca otro ser, Dee? ¿Por qué tiene que ser así?

—Todo está calculado —repitió él, como una muletilla—. Todo, Muriel.

—Sí, lo sé. Quién lo dice, ¿el consejero? ¿Qué sabe él de todo esto?

—Es muy viejo. El más viejo de la Ciudad Muerta.

—El no lo hace solo, Dee. El aconseja, pero sus consejos no son

nada más que órdenes de La Cosa. Dime, Dee —la zarandeó un poco —, ¿a quién le toca morir ahora para que yo tenga un niño? ¿A la vieja María-Dos? ¿A una de las Siete Hermanas?

El se desprendió suavemente de sus brazos y se acercó a la puerta de la casa.

—Es mejor que dejes de pensar en esas cosas, Muriel —dijo—. Tendrás un hijo. Tendremos un hijo —rectificó—, pero hay que esperar.

— ¿Cuánto? Años, ¿verdad? Hasta que seamos viejos o hasta que ya... ya no se pueda.

Dee no respondió.

Dio media vuelta y se alejó con el íntimo convencimiento de que ella llevaba razón. La calle.

Estrecha, tortuosa, casi maloliente, basuras por doquier que eran recogidas a mano por los hombres y transportadas a mano hacia un lugar donde eran desintegradas automáticamente.

Dee no sabía cuál era el procedimiento a emplear. Bastaba con lanzarlas a un hoyo abierto entre rocas calizas y todo desaparecía en las entrañas de la Ciudad Muerta.

Era La Cosa, la que movía todo aquel engranaje. Continuó andando, cruzó la calleja al otro lado, hacia la Casa de Herramientas y tomó un pico y con aquello al hombro aún caminó más de cuarenta minutos antes de alcanzar el lugar de su destino. Una cantera.

Piedra caliza que se desprendía a trozos más o menos grandes y que luego se cortaban en otros trozos siempre iguales, de igual medida.

Ni Dee ni los que trabajaban con él sabían para qué servía aquello.

El trabajo, no obstante, no era agotador como para que no pudieran trasnochar si se lo proponían. El trasnochar no estaba prohibido en la Ciudad Muerta.

Milk se acercó a él tan pronto como empezó a trabajar.

—Hola, Dee —saludó—. ¿Has visto a Don?

Dee le miró atentamente.

Le chocaba la pregunta.

Don jamás faltó al trabajo.

No es que se notara mucho su presencia debido a su edad, pero sí sus ocurrencias; Don siempre estaba inventando algo y aquello era malo para la Ciudad Muerta.

—No —respondió—. Y es extraño.

Don sonrió.

—No tanto —bajó la voz—. Casi te puedo decir adonde ha ido.

— ¿Sí…?

—Sí, claro. Dicen que le vieron dirigirse hacia la parte norte de la ciudad.

Dee frunció el ceño.

Era «vudú» aquel lugar, como dirían los antiguos, los antiquísimos habitantes de un planeta llamado Tierra, desaparecido de la faz del Universo hacia…

Dee no lo sabía.

A decir verdad, no tenía conocimiento alguno de la existencia de aquel planeta.

Sabía, sí, que había estrellas, que las veía por las noches, deslizándose lentamente, muy lentamente, en su marcha por el espacio sideral, y que un día se detendrían del todo.

Tal vez lo viera o no, tal vez fuera o no verdad, pero el consejero decía que entonces todas las mujeres podrían tener niños sin ajustarse a las leyes establecidas dentro de la Ciudad Muerta.

Preguntó:

— ¿Quién le llamó?

—Los miembros. Vinieron dos.

— ¿Fue solo?

—No.

El ceño de Dee se arrugó aún más.

— ¿Por qué?

—No lo sé. Pero creo que acababa de inventar algo.

— ¿Sí...? ¿Y qué era?

—Algo redondo, Dee, ¿comprendes? Algo que servía... Bueno, no lo recuerdo, ni tampoco el nombre que le dio. Los miembros destrozaron el invento y se lo llevaron. Apuesto lo que quieras a que no le volvemos a ver.

Temeroso, sabiendo que había hablado más de lo necesario, Milk miró a su alrededor.

La vista era la misma de siempre, la de todos los días.

Hombres como él, yendo y viniendo de un lado para otro, acarreando a mano los bloques de piedra, los escombros, la tierra y piedras sobrantes, en un primitivo aterrador, sólo que ellos no lo sabían por la sencilla razón de que jamás habían conocido otra vida mejor o peor que aquélla.

Habían nacido y se habían criado dentro de la Ciudad Muerta.

Ninguno había cruzado su cinturón amurallado para tratar de ver lo que había detrás.

El consejero lo tenía prohibido y la pena era la de muerte.

La Cosa lo había ordenado así.

La poderosa mente que les regía no dejaba resquicio alguno para ulteriores o posteriores iniciativas. No dejaba resquicio para nada.

De esto estaba enterado Dee como asimismo lo estaba toda la Ciudad Muerta.

Nadie podía acercarse al cinturón que la rodeaba; sólo le estaba permitido ver, sobre sus cabezas, durante el día, al sol que se alejaba algunas veces, lentamente, muy lentamente, hasta desaparecer por completo, y entonces llegaba la noche eterna.

Largos períodos en la más absoluta sombra.

En aquel momento entraba en juego La Cosa, alumbrándoles, dándoles vida, luz y abono para los campos, fertilidad para todo, excepto para las mujeres.

La cuenta era matemática, como hecha por un super-cerebro electrónico, sin un solo fallo.

Bastaba que ocurriese una muerte en cualquier lugar de la Ciudad Muerta, por escondido que estuviese, y La Cosa lo sabía al instante. Luego llegaba el aviso.

Tal o cual mujer podía tener, hijos; uno sólo, a continuación le tocaría a otra. Muriel y él también esperaban.

Pero Muriel... estaba consumida por la impaciencia; le estaba empujando a ir contra el consejero y contra La Cosa; empujándolo a su vez a derribar todas las barreras, tratando por todos los medios de averiguar más, mucho más.

Trataba de... de... de enfrentarle con las leyes establecidas; deseaba saber el «porqué» de todo.

Hacerlo era peligroso y tenía miedo.

Todos lo tenían en la Ciudad Muerta.

Una sola sospecha podría acarrear la muerte.

Más tarde venía la explicación del consejero; tal o cual persona había sido ejecutada por faltas a las reglas establecidas, a unas reglas que ya estaban en vigor dentro de la Ciudad Muerta desde mucho antes que llegara el consejero, y nadie sabía qué edad tenía.

Tal vez milenios, o quizá no llegaba ni a los cien años.

Tan indefinible como su personalidad, como la expresión siempre impasible de su apergaminado rostro de bestia con inteligencia de computadora electrónica.

Miró a Milk que sin dejar de mirar en torno suyo aguardaba su respuesta.

Dee lo hizo con una pregunta:

— ¿Estás seguro?

—Sí.

Siguió un silencio largo, penoso en tanto que por su lado los demás trabajadores, mal vestidos, casi harapientos, continuaban yendo de un lado para otro, sudando; un silencio que el propio y rubio Dee rompió:

— ¿Cómo está tu mujer?

Milk sacudió la cabeza de un lado para otro.

—Bien, Dee. Gracias.

— ¿Cuándo... cuándo...?

—No lo sabemos y se desespera. Creo... creo, Dee, que debes hablar con Muriel.

— ¿Con...? ¿Por qué?

—Un día vas a quedarte sin ella, ¿comprendes? Los miembros se la llevarán y será ejecutada.

Dee tembló.

— ¿Por qué?

—Está hablando demasiado. A tu espalda trata de levantar a las mujeres contra La Cosa. Desea hijos, ¿entiendes? La mía también... y lo malo es que escucha a la tuya. No se puede desafiar al consejero, Dee. Habla con ella, hazlo, o tendré... tendré que denunciarla yo mismo.

Dee entrecerró sus dorados ojos.

— ¿Por qué? —preguntó, aun sabiendo de antemano la respuesta.

—No quiero ver a mi mujer delante de La Cosa; no quiero que la ejecuten por causa de la tuya, Dee. Lo siento porque esto rompe nuestra amistad... a no ser que... que...

Calló, mirándole, incapaz de continuar exponiendo su idea, y Dee le apremió:

—Continúa, Milk —dijo—, estoy esperando.

— ¿Allí...? ¿Para qué?

—Ven a mi casa esta noche, Dee.

—Ven y te lo diré —una vez más miró a su alrededor, hasta percatarse que nadie le observaba, que todos continuaban con su trabajo, y satisfecho, se volvió a mirarle y añadió—: Pero habla con Muriel, Dee. Hazlo antes de venir, ¿comprendes? Todos… todos tenemos miedo a La Cosa. Al consejero —miró hacia arriba—. A ese sol que cada día está más lejos, que se aleja de nosotros… para volver cualquiera sabe cuándo. Ven esta noche, Dee, y habla con Muriel. Dile que se contenga; explícale la muerte de Don. Eso la asustará durante un tiempo.

Dee no respondió tal vez porque Milk no le dio tiempo a hacerlo ya que apenas terminar de hablar se inclinó, tomó su azadón, o su equivalente ya que era de piedra, exactamente igual que todas las herramientas que empleaban para trabajar, y con la espalda encorvada, como si de pronto hubiera caído un enorme peso sobre sus hombros, se alejó unos pasos y se colocó junto a los demás.

Dee apartó la vista de él y miró hacia arriba, protegiéndose los ojos con las manos.

El también lo había notado, exactamente como toda la Ciudad Muerta; el sol se estaba alejando, como lo había hecho durante períodos y períodos, pero ahora creía estar seguro de que había tardado menos en hacerlo y que viajaba más de prisa en el espacio. ¿Ilusión de sus sentidos?

Una pregunta acarreó la otra y se preguntó qué ocurriría cuando se detuvieran las estrellas. Lo harían; de eso estaba seguro.

* * *

—Dee, ¿qué es lo que ocurre? Dee, yo…

El se puso en, pie y una vez más, la pequeña Muriel llevó las manos a su cuello aplastándose materialmente contra él.

—Te amo, Dee, te amo mucho, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Es… lo mismo que experimento yo hacia ti.

Dijo aquello como pudo decir otra cosa, ya que sabía de antemano la respuesta que iba a darle, y no se equivocó:

— ¿Me amas...? No, Dee, es sólo atracción física. Un hombre que ama a una mujer desea tener hijos y tú... tú... ¡Oh, Dee!, ¿por qué?

— ¿Te has fijado en las estrellas? —preguntó a su vez—. Desde el recuadro de la ventana puedes verlas. Siguen caminando en el firmamento, no se detienen, Muriel. Es... es que hay que esperar. La Cosa lo ordenó así. El consejero habló por su boca.

— ¿Sí...? —se apartó de él, y al hacerlo, Dee notó que había sarcasmo en su voz, y supo que iba a ser como otras veces o tal vez peor—. Sí, ¿verdad? ¿Qué es La Cosa? Nunca se ve. Sólo habla, ordena a través de los altavoces instalados en la ciudad. Habla y habla, pero nadie la ha visto. Ni los más viejos. Sólo el consejero y tal vez los miembros de la guardia. ¿Por qué se esconde, Dee? ¿Por qué debemos esperar la muerte para crear la vida? Es absurdo. Tú eres un hombre inteligente, ¿no? Si es así, dime una cosa, ¿qué hay en la parte norte de la ciudad que no podemos acercarnos allí? El que lo hace ya no vuelve. ¿Qué es, Dee? Y tú... tú... ¿por qué no lo intentas y...?

Dee hizo un gesto y ella se calló, mirándole llena de consternación, sabiendo que había hablado demasiado, comprendiendo en aquel momento que estaba ordenándole ir a la muerte.

—Perdona, Dee —pidió suavemente—, no quise decir eso.

Dee aprovechó la coyuntura que le brindaba.

—Vi a Milk —dijo.

— ¿Sí...?

—Estuvimos hablando de Don.

— ¿Y...?

—Dos miembros se lo llevaron. Inventó una cosa redonda para no sé qué. Milk no me lo supo explicar bien. Tampoco para lo que servía. Sólo que los miembros destrozaron el invento y se lo llevaron. Ahora... Bueno, quizá esté muerto, tal vez lo hayan ejecutado por contravenir las leyes... y yo tengo miedo que te ocurra igual, Muriel.

Ella dio un paso atrás y le miró con los ojos muy abiertos,

aterrorizada.

— ¿Yo...? ¿Por... por qué, Dee?

—Milk me lo dijo. Estás hablando demasiado. Aquí, con la esposa de Milk y... —la miró atentamente y preguntó—: ¿Con cuántas personas más, Muriel?

—No lo sé... —se rehízo y sus ojos brillaron—. Si me llevan frente a La Cosa, me defenderé. Quiero un hijo y si no puedo tenerlo, quiero que me explique el porqué. Algo claro, para que yo pueda entenderlo.

—Morirás, Muriel.

—Sí, quizá, en la Ciudad Muerta no se puede hablar como yo lo hago, Dee. No se pueden tener ideas ni discutir una orden. Obedecerla ante todo. Juana-Tres tuvo un hijo sin esperar la muerte y el consejero se lo llevó. ¿Dónde fue a parar, Dee? ¿A las fauces de La Cosa?

—Calla, Muriel...

Se acercó a la puerta y la abrió.

— ¿Te marchas?

—Sí.

— ¿Adónde?

—Milk me está esperando en su casa. No esperó contestación, cruzó el umbral y salió a la calle.

En el firmamento, las estrellas cabalgaban sobre su cabeza en su marcha inexorable hacia el horizonte.

Dee sabía que un día se detendrían, y se preguntó; quizá por un millón y una vez, qué es lo que ocurriría cuando llegara aquel momento.

Dee tenía miedo.

CAPÍTULO II

El embudo.

Se encontraba justo en el centro.

El ruido de las aguas que le cubrían era ensordecedor, pero no tenía miedo a pesar de que se daba cuenta de que sus esfuerzos estaban resultando vanos.

Hiciera lo que hiciese se estaba dirigiendo hacia su parte más estrecha con la velocidad de una bala.

Estaba cayendo, dando vueltas y más vueltas, girando sobre sí mismo como una peonza, tratando de asirse a algo, pero no había agarradero alguno.

Súbitamente dejó de luchar.

El embudo, su parte más estrecha...

Continuó cayendo hasta que se apoderó de él una extraña laxitud. Entonces abrió los ojos.

La campana estaba allí, sobre su cabeza, produciendo en su interior, sin que supiera el motivo, una luz tan viva como la del sol, pero que no hacía daño a la vista.

Trató de mover la cabeza, pero no pudo. En aquel momento se dio cuenta de que estaba tendido, pero que no sabía dónde ni sobre qué.

La campana brillaba y brillaba. Oyó un cuchicheo; varios cuchicheos más, y trató de mirar.

Aunque sus ojos estaban vivos, aunque veían, no pudo distinguir nada, quizá debido al brillo de la campana.

El cuchicheo aumentaba.

Luego vio la sombra.

Algo se estaba inclinando sobre él.

Una capucha, algo parecido a un casco; él los había visto en los astronautas americanos cuando el primer viaje espacial.

Trató de fijarse mejor.

El intruso se inclinaba más.

No, no era uno sólo, eran varios.

¿Qué trataban de hacerle? ¿Es que no podían dejarle tranquilo ni aún allí, en el lugar donde se encontraba?

Cinco en total.

El primero...

Ojos grandes, rasgados y verdes.

Una mujer.

¿Qué diablos hacía una mujer en un lugar como aquél?

Quiso maldecir, pero no pudo.

Justo en aquel instante todo se borró de su mente y se sumió en un extraño sopor que duró más de setenta y dos horas, pero él no llegó a saberlo hasta mucho después.

* * *

Una vez más abrió los ojos.

Y también una vez más se dio cuenta de que estaba tendido, pero ahora sí supo dónde. Un camastro.

Sin sábanas, vestido, si no con harapos, sí con extremada pobreza, y repentinamente recordó.

Se sentó sobre el camastro, como si hubiera sido impulsado por un oculto resorte y se palpó la cabeza, luego el cuerpo.

Miró a su alrededor.

Los ojos verdes estaban allí, ahora sin la capucha espacial.

Sin los lentes que tenía delante, sin aquella especie de visera tras la cual se ocultaba un bello rostro de mujer.

El mismo que ahora tenía delante.

Los labios rojos y sensuales… los pechos firmes, cuyo nacimiento se veía más que adivinaba por el escote del vestido que llevaba puesto, confeccionado con burda tela y…

Nada más porque ella formuló la primera pregunta interrumpiendo el hilo de sus pensamientos.

— ¿Cómo te llamas?

No contestó de momento.

Se palpó la pierna izquierda, se levantó un poco el pantalón… y nada.

¿Pesadilla?

Sabía que no, que el hecho ocurrió.

Cómo se encontraba allí, qué fue lo que le impulsó hasta aquel lugar o quién lo trajo, era un completo misterio.

—Te hice una pregunta. ¿Cómo te llamas?

Dejó la pierna para mirarla a los ojos.

—Avoa —dijo.

—El mío es Jill.

— ¿Cómo estoy aquí, Jill? ¿Quién me trajo?

Ella encogió los hombros mirándole con estupor. —

No lo sé. Creí que lo sabrías tú.

— ¿Cómo que no lo sa…? Oye, ¿acaso te estás burlando de…?

—Ya estabas aquí cuando yo vine.

—Viniste… ¿De dónde?

—Murió Zhark y nací yo.

—Explícate, ¿quieres?

Jill vaciló un poco y contestó:

—El consejero quiere verte, Avoa.

— ¿El…? ¿Qué es eso?

—El guardián de La Cosa. ¿Vienes?

Avoa se puso en pie.

No entendía nada.

— ¿Qué es eso de La Cosa?

—Nadie la ha visto. Sólo el consejero. El te lo explicará —alargó la mano y tomó la suya—. No le hagas esperar; no le gusta.

Avoa cerró sus fuertes dedos entre los de ella y empezó a andar.

— ¿Está muy lejos?

—No, a pocos pasos. Estamos en la parte norte de la ciudad. Los otros no pueden llegar hasta aquí.

— ¿No…? ¿Por qué?

—Ellos no entienden y La Cosa lo sabe. Hacen preguntas.

— ¿Y no se puede?

—No.

— ¿Por qué?

—Son las leyes de la Ciudad Muerta. No más preguntas, Avoa. Tú también las estás violando.

Calló.

La cabeza le daba vueltas.

Allí había algo que no lograba entender.

No sabía cómo ocurrió, pero había sucedido y no hacía mucho ya que todavía le parecía sentir en su carne el frío del electrodo que conjuntamente con el aparato colocado en su cabeza le llevaría a la muerte; en la silla eléctrica de la prisión de Sing-Sing en Nueva York.

La calle.

Cerró los ojos, pero cuando segundos más tarde los abrió, la imagen persistía.

Avoa había leído mucho, se conocía la historia de la colonización del Oeste americano desde sus tiempos más remotos, y por unos instantes tuvo la sensación de que había sido trasladado allí, pero sabía que no era así ni mucho menos, que había una explicación lógica, la que no tardaría en, saber.

Pero se equivocaba de medio a medio.

Polvorienta, sucia, sin empedrar en la mitad de su longitud, las ventanas sin vidrios y los hombres y mujeres yendo de un lado para otro con la leña sobre los hombros, o cuando no con las basuras, o con cualquier cosa que tuviera que trasladarse de un lado para otro, ya que no había ni un solo vehículo en todo lo que alcanzaba su vista.

No preguntó.

Fuera por lo que fuese, se estaba viviendo poco menos que en la Edad de Piedra.

Casas construidas toscamente con madera, barro y piedras; sucias por fuera y quizá lo mismo por dentro.

No obstante, la que acababa de abandonar era ordenada y limpia, quizá como un precedente.

La mujer que llevaba a su lado, también lo era, y muy joven. Alta y esbelta, hermosa como ya pensara con anterioridad, a pesar de las burdas ropas que la cubrían. Tan burdas como las suyas propias.

Miles de preguntas se agolpaban en su mente, pero de tantas no pronunció ninguna.

Continuaba meditando.

No había luz eléctrica.

Nada lo indicaba a la vista, pero él vio una especie de campana sobre su cabeza, brillando lo mismo que un sol, pero no dañaba a la vista.

¿Dónde?

La miró.

Jill continuaba llevándole de la mano, con la vista perdida al trente, por tan tortuosa y destartalada calle, siempre hacia el norte.

No lo sabía, pero la dirección era aquélla... en algunas ocasiones.

Fue a preguntar, pero en el último segundo desistió de hacerlo.

—Estamos llegando.

Ahora había desviado los ojos del frente y los tenía fijos en los suyos.

— ¿Dónde es?

—Espera y lo sabrás, Avoa. Doblaremos esa esquina y... supongo que te sorprenderás.

Fue así.

Contrastando casi de un modo sangriento con el resto de las edificaciones, la que tenía ahora delante de sí mismo, era algo parecido a un palacio, con sus torres, sus cúpulas o sus equivalentes, y Avoa se detuvo en seco.

— ¿Por qué? —preguntó.

Jill hizo una mueca.

—Es la vivienda de La Cosa —dijo—, y la del consejero.

Avoa miró alrededor.

— ¿Y eso? —preguntó.

—Las murallas que rodean a la Ciudad Muerta —y él vio las

señales de peligro de muerte—. Si las tocas mueres.

— ¿Por qué?

Era la eterna pregunta que en Jill no hizo mella alguna ya que al parecer estaba acostumbrada a oírla. Respondió:

—Está dispuesto así. Y no preguntes más; aunque quisiera contestarte, no podría; no sé las respuestas.

— ¿Quién las sabe?

—La Cosa.

— ¿El consejero no?

—No lo creo. El vino a la Ciudad Muerta hace muchos años, muchos..., pero La Cosa ya estaba aquí.

— ¿De dónde vino?

—Nadie lo sabe, pero supongo que nació.

— ¿Te refieres aquí, en la Ciudad... Ciudad...? ¿Por qué se llama así?

Jill se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero algún día se conocerá esa respuesta.

—Tardará mucho.

—Es... un mensaje de las estrellas. Ellas nos dirán cuándo es el final de todo.

—La muerte. . .

—No se sabe. La gente hace preguntas, lo mismo que tú, pero sólo consiguen el silencio como respuesta... o desaparecen. No se puede ser indiscreto hasta... hasta que no se detengan las estrellas. Por lo menos eso es lo que se dice —hizo una ligera pausa y añadió—: Anda, vamos, nos está esperando.

Tiró de él, descendieron al polvo, cruzaron al otro lado, subieron la escalinata que conducía a la puerta principal y antes de llegar, aquélla se abrió y Avoa les vio.

No llevaban casco alguno.

Descubiertos, pero vestidos con blancos trajes que brillaban con luz de mercurio o aluminio.

Las armas eran cortas, pero de una clase que él no conocía, y se preguntó si el chispazo de alto voltaje de la silla eléctrica en vez de enviarle al infierno le había trasladado a un extraño mundo donde todo eran contrastes.

La voz de Jill rompió el hilo de sus pensamientos cuando ya se estaba diciendo que por lo menos por sí mismo, nunca encontraría la respuesta:

—Son miembros de la guardia. Ellos te llevarán a presencia del consejero. .

— ¿Y tú?

—Esperaré fuera.

—Ven conmigo.

—No puedo, hasta que me llamen, si es que lo hacen. Vamos, ve.

Tras una ligera vacilación, Avoa avanzó unos pasos para terminar de subir la escalinata y les enfrentó.

Seis.

Pero de los seis sólo habló uno, y lo hizo con una pregunta:

—Tú eres Avoa, ¿verdad?

— ¿Cómo lo sabes?

—La Cosa dio tu nombre.

— ¿Sí...?

—Es cierto, terrícola —y Avoa se envaró sin poderlo evitar—. Como ves, La Cosa lo sabe todo. Incluso lo que ocurre en cada casa de la ciudad.

— ¿Por qué se llama Ciudad Muerta?

—Entra. Tal vez el consejero te lo explique. O quizá no lo haga

nunca porque tampoco conozca la respuesta.

No respondió.

Se habían apartado a un lado, dejándole un hueco hacia la puerta y ya sin una sola vacilación cruzó el umbral, pera quedarse atónito ante lo que había delante de sus ojos.

Podía ser… el interior de la Casa Blanca en Washington, incluso en el alfombrado del suelo, pero Avoa sabía que aquello no era cierto, aunque tampoco ilusión de sus sentidos.

Delante de él, al otro lado de la espaciosa sala, dos puertas.

Avanzó llevándoles a ambos lados, hacia la que quedaba a su derecha.

—Puedes entrar. Te esperan.

Lo hizo.

Empujó la gran hoja de madera y se vio delante de la habitación real de un palacio, o su equivalente.

No había trono.

Dos simples y viejos sillones que destacaban fuertemente con el lujo sobrio y elegante de las paredes, techos y suelo, y un hombre.

Viejo, muy viejo, donde la nota más detonante eran sus ojos dorados y su cabeza formando un óvalo perfecto.

No se movió, no pronunció una sola palabra; simplemente le miraba sin cambiar de expresión, y Avoa continuó acercándose con paso firme.

Un poco más cerca vio que se cubría con una extraña, pero elegante túnica azul celeste y que calzaba sus pies desnudos con unas especies de sandalias fabricadas con un producto completamente desconocido para el.

Se detuvo a pocos pasos y esperó.

CAPÍTULO III

Llamó con los nudillos.

—Pasa, Dee, está abierto.

Le habían visto llegar por una de las ventanas; eso era todo.

Dee empujó la puerta y cruzó el umbral teniendo buen cuidado de cerrar a su espalda y les enfrentó.

Milk y su esposa Mary Jo.

También era hermosa, casi tanto como pudiera serlo Muriel.

Una sencilla blusa, un tanto ajada por el uso, y una faldita que dejaba completamente al descubierto las largas y bien torneadas piernas desde algo más arriba de medio muslo.

Le gustaba Mary Jo, casi tanto como la propia Muriel, y estaba seguro de que ella lo sabía.

De soslayo miró a Milk.

No se había movido del tosco y redondo taburete donde se sentaba; sólo les miraba; alternativamente, como si se regocijara de los pensamientos de Dee, como si tuviera el don de adivinarlos.

— ¿No te sientas?

Apartó los ojos de las piernas para fijarlos en sus ojos.

—Gracias, Mary Jo —dijo—, ahora iba a hacerlo. Tomó otro de

los taburetes y se dejó caer en él.

Ahora su mirada fue a quedar clavada en la de Milk.

— ¿Y bien...? —preguntó.

Milk tardó varios segundos en contestar.

—Vas a tener que entrevistarte con el consejero.

Dee arqueó una ceja.

— ¿Yo...? ¿Por qué?

—Los demás lo piden, Dee.

— ¿Quiénes son los demás?

—Nosotros, los de esta parte de la ciudad. Queremos saber y tú vas a traernos esa respuesta. Eres inteligente, Dee, y tú eres el único que puede hacerlo. Trata de averiguar la verdad. Intenta saber qué... qué fue lo que ocurrió con Don y por qué.

—Hay unas leyes...

—Que nos impiden ir adelante mientras ellos, en la Gran Casa lo tienen todo. ¿Lo has visto, Dee? ¿Verdad que sí? Tenemos derecho a saber. Nuestras mujeres también lo tienen. Incluso la tuya, ¿comprendes?

Dee guardó silencio, apabullado por aquel aluvión de palabras que no esperaba.

Un silencio que duró unos cuantos segundos; los que tardó en rehacerse.

Entonces contestó:

— ¿De quién fue la idea?

—Hubo una reunión.

— ¿Y...?

—La respuesta ya la sabes. Eres el más inteligente, el más...

— ¿Y eso dónde nos conduce? —preguntó con violencia—. ¿A

desafiar a La Cosa? ¿Qué esperas que ocurra si me eliminan a mí? Y me refiero a vosotros. Ninguno viviréis para con...

—No, puede que no, pero detrás de nosotros habrá más, Dee. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sólo comprendo una cosa, Milk, que esto de ahora se desdice de lo que hablaste conmigo esta mañana en el trabajo.

— ¿Respecto a Muriel?

—Sí, así es.

—Ella asistió a la reunión, Dee, y te confieso que dijo cosas que me asustaron durante algunas horas. Lo estaba aún esta mañana cuando hablé contigo. Y tú, ¿le dijiste algo?

Dee desvió los ojos hacia el bello rostro de Mary Jo.

—Muy poco —dijo con desgana—, y ahora que lo sé todo, lamento haberlo hecho.

Se puso en pie y se acercó a la puerta.

Mary Jo le imitó y fue a su lado.

Le tomó del brazo ante la atenta mirada de Milk.

—Tienes miedo, ¿verdad? —preguntó en un susurro.

— ¿Tú no?

—También. Todos lo tenemos en la Ciudad Muerta. Todos... nos hacemos la misma pregunta. Tú... u otro como tú, tiene que morir para que yo pueda tener un niño. Luego están las estrellas, la desaparición de todo aquel que trata de averiguar algo que nos atañe por completo. La Cosa que promete y promete y jamás cumple sus promesas y... esas murallas. ¿Te has fijado bien en ellas, Dee? Nacen y mueren en la Gran Casa después de rodear la ciudad. Dime, ¿por qué no podemos asomarnos al otro lado? ¿Lo sabes tú?

—La ley dice que no debemos hacerlo.

— ¿La ley? ¿Qué ley, Dee? ¿La que nos hace trabajar como esclavos y la que nos cuenta como a los borregos de los prados? Si uno muere, otro nace. No hagas esto, no hagas lo otro; esto no es correcto, esto no es... Siempre lo mismo, Dee. Y los libros; nadie puede leerlos.

Nadie, porque ninguno sabe hacerlo. Tan sólo tú, quizá el consejero y… creo que no hay más en esta ciudad. Por lo menos que yo sepa. Ni Muriel ha visto jamás un libro. Estos están en la Gran Casa y los custodia el consejero o La Cosa.

— ¿Ni los de la parte alta de la ciudad?

—Claro. Esos serán los únicos, pero no todos, Dee. No todos. Sólo los elegidos por el consejero… y acaso los miembros de la guardia.

Dee no respondió.

Por el momento carecía de argumentos para rebatirla, por lo que se volvió enfrentando a Milk que también se había puesto en pie:

— ¿Cuándo debo ir a la parte norte, Milk?

—Eso quiere decir que aceptas.

—Aún no lo sé, pero es muy posible que no lo haga nunca.

— ¿Y tal vez con eso envíes a Muriel a la muerte?

— ¿Vas a denunciarla tú al consejero?

— ¿Yo…? No, Dee, ni yo ni ninguno; lo hará su propia lengua. Una lengua que sólo dice la verdad, y eso la llevará a la muerte. En cuanto a tu misión…

Dee hizo un gesto con la mano, interrumpiéndole, le volvió la espalda, abrió la puerta y cruzando el umbral salió a la calle.

Sombras.

Espesas…

Miró hacia arriba.

Las estrellas.

Maldijo entre dientes, pero nadie le oyó, porque la verdad era que se encontraba solo, completamente solo, y que lo hubiera estado aún entre una inmensa multitud.

Y entonces fue cuando se preguntó cuántas personas más, dentro de la ciudad, se encontrarían en su misma situación, y como tantas y

tantas otras veces, en tantas y tantas preguntas, no supo qué contestarse.

Empezó a andar, dobló la primera esquina, y se detuvo casi en seco pegando la espalda contra la pared de una de las casas, mirando a los dos miembros del consejero que patrullaban aquel sector de la ciudad, y una nueva pregunta, otra más, se forjó en su mente.

Estaban buscando a alguien ya que las patrullas apenas si se veían en la Ciudad Muerta, pero, ¿a quién?

Les dejó pasar.

A Dee le chocaban sus armas.

Las desconocía por completo; es decir, desconocía su manejo, aunque no sus efectos mortíferos ya que los había presenciado más de una vez.

Eran capaces de convertir en humo a cualquier persona o cosa que tuvieran delante, mientras que ellos, en un caso dado, sólo podían defenderse con piedras o con palos.

No lo comprendía, pero nada podía hacer por el momento.

¿Ir a la parte norte y tratar de conseguir una explicación de todo aquello?

Era una locura, y no aceptaría; no merecía la pena jugarse el pellejo por algo que carecía completamente de base.

¿O no era así?

De nuevo incapaz de contestarse a aquella pregunta, Dee continuó caminando hasta su casa.

No esperaba encontrarla levantada, pero se equivocó.

Muriel le aguardaba sentada en uno de los toscos taburetes y ni siquiera se puso en pie para recibirle, como había hecho otras veces.

Lentamente, sin dejar de observarla, Dee cerró a su espalda y la enfrentó.

Ella no dijo nada; continuaba callada, mirándolo sabiendo cuál iba a ser su primera pregunta.

Supo que efectivamente no se equivocaba cuando Dee inquirió:

— ¿Por qué no me lo dijiste?

— ¿Decirte...? ¿Qué es lo que tenía que...?

—Esa reunión. Debiste avisarme.

Muriel se puso en pie y se le acercó poniendo las manos sobre sus hombros.

— ¿Me hubieras dejado asistir de haberlo sabido, Dee? Seguro que no, ¿verdad? —preguntó—. No, cierto que no; tú eres un hombre inteligente, pero tienes miedo. ¿Es o no es así?

—Otros lo intentaron, Muriel, y no regresaron.

Ella dejó transcurrir varios segundos de silencio que rompió con una pregunta:

— ¿Tratas de decirme que no vas a ir, Dee?

—Eso es lo que voy a hacer; quedarme aquí. Tengo bastante contigo y con mi trabajo, ¿comprendes?

—Eres un cobarde. Tienes...

— ¿Miedo...? —interrumpió él—. Cierto que lo tengo, pero eso no cambia las cosas. El ir a visitar al consejero es... la muerte, y más tratándose de lo que...

—Si tú no lo haces, Dee, iré yo.

—Muriel...

—Voy a hacerlo. Por el bien de todos, de la ciudad, y del mío.

—No volverás.

—Es posible.

— ¿Y no te preocu...?

Los ojos de ella brillaron.

—Te amo, Dee, te quiero mucho, pero tengo que hacerlo... también por este amor. Eso es lo único que me preocupa. El resto no

cuenta. Por otra parte estoy harta de la Ciudad Muerta. Quiero salir de aquí aunque sea escalando esa muralla. Quiero ir a un lugar donde pueda tener cuántos hijos quiera sin tener que esperar a que primero venga la muerte para engendrar una vida. Y voy a pasar por encima del consejero y de ti para conseguirlo. Escalaré esas murallas, Dee, lo haré, o me ejecutarán antes.

—Estás loca, Muriel.

— ¿Y quién no, Dee? ¿Yo con querer escapar de esta prisión, de La Cosa, de los miembros de la guardia del consejero, o tú y todos los demás con vuestro pacifismo y con vuestras leyes que no son sino las que dictaron los de la parte norte? Responde, Dee, ¿o es que acaso no puedes hacerlo?

No replicó.

Ella llevaba razón como otras veces.

Es decir, sí, sólo había un argumento y lo expuso de un modo casi Violento:

—Esto terminará cuando las estrellas...

La risa violenta de ella le cortó.

— ¿Las estrellas...? ¿Quieres decirme que tú y yo lo veremos en el caso que sea cierto? Escucha, Dee, yo no sé leer ni escribir como tú, pero comprendo algunas cosas. ¿Cómo quieres que se detengan las estrellas? Nunca lo harán, ¿entiendes? Burla la vigilancia del consejero y toma alguno de los libros de la biblioteca, de esos que hablan de los astros; su movimiento es intermitente; o sea, que no tiene fin. Siempre... siempre, Dee, se trasladarán en dirección al horizonte para de nuevo surgir, al día siguiente, frente a nosotros. ¿Cómo quieres que... que...?

Dee la interrumpió con una pregunta:

— ¿Cómo sabes todo eso, Muriel?

—Lo oí comentar. No todos los que vivimos en este lado de la ciudad somos tontos, Dee.

El bajó la cabeza clavando con obstinación los ojos en el suelo, y respondió sin mirarla:

—De acuerdo, Muriel, yo lo haré.

Ella se apartó un par de pasos y le miró fijo, muy fijo y luego, en un arranque incontenible se le colgó del cuello tras lanzar un tenue grito.

Luego siguió un silencio entre los dos, que duró mucho tiempo y que Muriel rompió cuando apenas si la luz del nuevo día aparecía por el horizonte.

— ¿Cuándo lo harás, Dee?

El la apartó de sus brazos y repuso. —Está amaneciendo, Muriel —dijo—, por lo que iré a trabajar como todos los días. Veré a Milk, y le diré lo que hemos acordado.

— ¿Volverás antes de... de...?

—No. Creo que es mejor que no lo haga.

—Espera entonces.

Se apartó de su lado, saltó del lecho al suelo y Dee la vio cruzar el umbral en dirección a la otra pieza.

Cuando regresó traía en sus manos un trozo de piedra, equivalente a uno de los puñales del siglo XX.

—Toma —dijo suavemente.

— ¿Para qué quiero eso?

—Para matar, Dee. Es... necesario que lo hagas. El... el consejero tiene que morir... y con él lo hará La Cosa. El uno no es nada sin el otro, y viceversa, ¿comprendes?

—No.

Muriel abrió mucho los ojos.

—Es sencillo, querido —dijo fríamente—. Tú puedes ocupar el puesto del consejero. Tú sabes leer... y lo que tenga que pasar aquí, en la Ciudad Muerta, está escrito. Busca dónde y sálvanos, Dee.

Era fácil decir todo aquello, incluso hermoso, cuando como ella no se pensaba ni remotamente en el riesgo que podría correr una vez en la Gran Casa, si caía en manos de la guardia.

Tomó el cuchillo de piedra y lo guardó entre la burda camisa y la carne; hecho esto se volvió hacia la puerta.

— ¿Ya te marchas? Es… es demasiado pronto.

Lo era.

Apenas si había claridad fuera.

—Sí, ya lo sé, pero deseo estar solo durante un tiempo. Quiero pensar.

Muriel no contestó.

Creía comprenderle.

Tampoco se acercó para besarle; sencillamente le dejó partir, cerró la puerta a su espalda y regresó al camastro, pero ya no pudo dormir en las horas que faltaban para la salida del sol.

De un sol que cada vez se alejaba más y más de la Ciudad Muerta.

En la calle, Dee empezó a andar.

No se daba cuenta, pero lo mismo que si se tratara de un autómata, sus pasos le estaban llevando hacia la casa de Milk.

No llegó.

Al doblar una esquina, dos miembros de la guardia se detuvieron y se lo llevaron.

CAPÍTULO IV

—Siéntate.

Le estaba señalando uno de los sillones, con una mano sarmentosa, arrugada, rematada en largos y huesudos dedos de largas uñas.

Lo hizo, y esperó la siguiente pregunta que no tardó en llegar.

— ¿Quién eres?

—Me llamo Avoa. ¿Y tú?

—Tu nombre ya lo sabía, pero no es eso lo que te preguntaba. Tal vez me expresé mal. Quise decir que de dónde eres.

Avoa frunció el ceño.

—De Nueva York.

Hubo unos segundos de silencio y el consejero contestó:

— ¿Nueva York? ¿Qué es eso? ¿Una ciudad? Si es así, nunca oí hablar de ella.

Avoa se petrificó y a continuación, como si sus manos obraran por cuenta propia, fueron a su frente.

Luego las apartó.

El consejero le estaba observando atentamente.

—Efectivamente es una ciudad —dijo—. Una ciudad de la Tierra.

— ¿Qué es eso? ¿Un planetoide? ¿De dónde y de qué galaxia?

Con los ojos helados, Avoa respondió con otra pregunta:

— ¿No estamos en la Tierra?

—Nos encontramos en la Ciudad Muerta.

— ¿Por qué se llama así?

—Porque todos estamos muertos, Avoa.

— ¿Sí...? —se estremeció sin poderlo evitar y continuó—: Explíqueme eso, ¿quiere?

—No hay explicación, pero está escrito. Viviremos cuando se detengan las estrellas, pero no antes.

— ¿Las estrellas...? —Avoa se echó a reír, pero su risa era ronca —. Las estrellas jamás se detienen y usted lo sabe.

—Ahora lo harán. Es decir, dentro de cientos o de miles de años... lo harán. 0 tal vez mañana. Eso no se sabe.

Callaron.

Avoa no entendía nada y trataba de ordenar sus ideas, mediante un esfuerzo, pero éstas por el contrario, se embrollaban más y más a cada segundo que transcurría.

La nueva pregunta del consejero cortó el hilo de sus pensamientos:

— ¿Qué es la Tierra? —repitió.

—Un planeta. De allí vengo yo.

— ¿Ahora...?

— ¿Y por qué no?

—Estás mintiendo, Avoa.

— ¿Por qué?

—Tú ya estabas en la Ciudad Muerta cuando yo llegué.

— ¿De dónde?

—Nací, pero para eso tuvo que morir Ord.

— ¿Por qué?

Los hombros del consejero se encogieron bajo la túnica.

—No lo sé —dijo—. No, pero está escrito.

— ¿Dónde?

—En los libros de «Multivax».

— ¿Quién es?

—La Cosa.

— ¿Y tú…?

—El consejero. El guardián de La Cosa.

Las cosas empezaban a aclararse un poco —juzgó Avoa—, luego de dar vueltas y más vueltas sobre un mismo punto.

— ¿Cuándo naciste?

—Hace mucho tiempo, mucho, quizá más de ciento veinte años.

Avoa arqueó una ceja.

— ¿Y yo ya estaba aquí?

—Sí.

— ¿Cómo lo sabes?

—El otro consejero me lo dijo, y a su vez afirmó que le encargaron tu custodia cuando él se convirtió en guardián de La Cosa y consejero de la Ciudad Muerta, **y** así de uno en otro, hasta llegar a mí.

Avoa trató de hacer un rápido cálculo mental y se encontró con que le faltaban ceros para terminarlo.

Preguntó una vez más.

—Entonces, ¿cuánto tiempo hace de esto? ¿Tres o cuatrocientos años, consejero?

El consejero le mostró sus desdentadas encías en una sonrisa.

—Milenios, Avoa. Hace milenios que llegaste a la Ciudad Muerta. «Multivax» lo dijo, lo transmitió de unos a otros.

Avoa sintió que el suelo vacilaba sobre sus pies y cerró los ojos.

¡Milenios!

Aquello era absurdo, era una locura.

Una horrible pesadilla.

La muerte; la silla eléctrica le había llevado a un lugar donde todos estaban locos.

¿O acaso era él el único que lo estaba?

Se encogió de hombros como antes lo había hecho el consejero.

—No puede ser.

— ¿No...? La Cosa no se equivoca.

Dejando para más adelante la pregunta que se le ocurría con respecto a La Cosa, tratando de paso no dejar traslucir sus emociones, inquirió:

—No le hablaron del planeta Tierra.

—No. Pero le preguntaré a «Multivax». Debe saberlo.

—Estará en los libros.

—No se pueden ver. ˆ

— ¿Quién lo impide?

—La Cosa los guarda. Es... una especie de cadena. Yo soy el guardián de La Cosa y «Multivax» el de los libros y de la Ciudad

Muerta.

—Quiero verle.

— ¿A quién?

—A La Cosa.

—No puedes.

—Explícame eso, consejero.

—Morirías. Todos los que lo intentan mueren —señaló hacia un panel que había a su espalda, y lo hizo por encima de su hombro—. Ahí está «Multivax», detrás de ese panel, pero no puedes verlo.

—En ese caso, dime ¿para qué me has traído aquí?

—La Cosa lo pidió.

— ¿Por qué?

—Sólo dijo que había que sacarte del lugar de tu reposo y traerte aquí.

— ¿Para qué?

—No lo sé. Tal vez porque se esté acercando mi hora y... Bueno, Avoa, tú eres científico.

Casi se puso en pie de un salto.

— ¿Cómo diablos...?

—«Multivax» también dijo eso, pero no añadió nada más.

— ¿Y...?

—Eres un hombre sabio, tal vez cuando yo muera tú seas el nuevo guardián, pero hasta entonces...

—Habla, no te detengas, consejero.

—Tendrás que olvidar toda tu ciencia.

— ¿También está escrito en los libros?

—Sí. No se puede inventar. El último se llamaba Don.

— ¿Qué hizo?

—Inventó una cosa redonda y fue ejecutado aquí mismo.

— ¿Una cosa redon...? ¿Qué era, consejero? —

El la llamó rueda.

Avoa se llevó la mano a la barbilla y se la acarició.

—No lo comprendo —dijo lentamente—. Dígame, eso es progreso y...

Antes de que terminara de exponer su idea, el consejero le interrumpió con violencia:

— ¡El progreso! —exclamó—. ¿Para qué sirve, Avoa? ¿Me lo puedes decir? ¿Para que los hombres se maten? Es así, y no hay más verdad que ésa. Ambición y progreso son dos palabras que van unidas entre sí y que entre ambas engendran todos los males. Y ahora, Avoa, si lo deseas, van a llevarte al lugar de donde viniste.

Avoa se puso en pie.

— ¿Y...?

—Así quedará satisfecha parte de tu curiosidad. Y a partir de ese momento, ten cuidado con lo que haces o dices.

—Es una amenaza.

—Es una advertencia a la que puedo añadir algo más. Trata de enseñar ciencia a los demás y tú y ellos seréis destruidos. No quiero que por tu causa caiga la calamidad sobre la ciudad.

Extendió el brazo y apretó, seguramente alguno de los botones que habría disimulados en el sillón en que se sentaba y mientras Avoa esperaba, dijo:

—Reniegas del progreso y, sin embargo, los miembros de la guardia llevan armas que ni siquiera yo había visto jamás.

—Disparan rayos cósmicos, Avoa... y es cosa de «Multivax». Son necesarias por el momento, pero serán destruidas el día en que se detengan las estrellas y todo el mundo sepa quién o qué es La Cosa.

— ¿Lo sabes tú?

—Sí.

—Me lo dirás cuando mueras, si es que esto ocurre.

—Tal vez, si tengo tiempo. Si no tendrás que averiguarlo tú solo, pero ten cuidado. Todo el que trata de entrar ahí, muere.

—Excepto tú, ¿verdad?

—Sí, así es.

Una voz, viniendo directamente de su espalda, le hizo volverse en redondo:

—Me llamabas, consejero.

—Sí. Acompaña a Avoa hacia su lecho. Luego puedes dejarle ir donde quiera.

Era la misma muchacha que le trajera hasta allí. Jill.

Pero una Jill bastante distinta.

Ahora llevaba una blusa, brillante, de algo parecido al aluminio exactamente como cualquiera de los miembros de la guardia, una faldita, y las piernas totalmente descubiertas; altas botas, flexibles, allí donde quedaba la rodilla.

En la estrecha cintura una especie de cinturón, una funda y una de aquellas extrañas armas que ya viera.

No pronunció palabra.

Iba de sorpresa en sorpresa y la idea de que todo aquello era una locura o una horrible pesadilla, estaba tomando cuerpo en su mente, a pasos agigantados.

Milenios...

¡Bah!

— ¿Vienes?

Le estaba tendiendo una mano a medida que se acercaba a él y tras dudarlo unos segundos, alargó la suya.

Piel suave y cálida...

¿Quién era? ¿Qué significaba aquel cambio de ropa y el arma que llevaba en la cintura?

—Sí, vamos —fue lo que dijo.

Jill no respondió, se limitó a tirar de él hacia la otra puerta; casi la alcanzaban cuando el consejero dijo a sus espaldas:

—Esperad.

Se detuvieron y se volvieron a mirar.

— ¿Sí...?

—Puedes quedarte con ella, Avoa, mientras estés aquí —dijo—, si ella te acepta. Pero no debes tener hijos. Hay muchas mujeres que esperan, ¿comprendes?

No entendía nada, pero dijo que sí. Milenios...

Sintió tentaciones de reír cuando se volvió a mirarla notando cómo los ojos verdes de ella le asaetaban.

— ¿Nos vamos?

—Sí, ven.

Se acercaron a la puerta que se abrió por delante de ellos sin necesidad que la tocaran por lo que comprendió que a pesar del aspecto exterior de la Ciudad Muerta, habían pisado cualquiera sabía qué, y rota la célula, el paso quedó franco.

Cruzaron el umbral y el consejero quedó atrás.

Del mismo modo, la puerta, sin ruido alguno, se cerró a sus espaldas.

— ¿Dónde me llevas?

—Al lugar de donde viniste.

— ¿Vas a devolverme a él?

—No.

— ¿Por qué?

—No puedo. Ni La Cosa puede.

— ¿Por qué no?

—No lo sé. Simplemente que vas a quedarte aquí, pero tienes que observar las leyes.

— ¿Contigo?

—Si lo deseas sí.

— ¿Debo hacerlo?

—Es otra de las reglas.

—Que no entiendo.

—Lo sé, pero el consejero me lo pidió.

— ¿Y haces siempre lo que te pide?

—Sí.

— ¿Si te ordenara matarme...?

—Lo haría también. Ahora tú eres el que decide.

—De acuerdo, Jill, me quedo contigo.

Y entonces, sin que nadie se lo dijera, supo que ella tenía orden de vigilarlo a toda costa, de no perderle de vista.

Si era cierto todo lo que le habían dicho, si no era una locura todo lo que vio y oyó, si en realidad hubo un tiempo en que fue juzgado y condenado a la «silla», si verdaderamente existió el hecho, «Multivax» o La Cosa le habían devuelto a la vida, pero con condiciones... que ya no existían si de nuevo volvía a perderla.

Ya no habría otra posibilidad de recobrarla.

La sala.

La estaban cruzando.

Al fondo otra puerta; en el suelo las alfombras, los cuadros en las paredes, algunos de los cuales le recordaron los que viera en los más grandes museos del mundo en que vivió, si es que era cierto que

la Ciudad Muerta era lo que le dijo el consejero; que todos los que vivían allí estaban muertos.

Se abrió por el mismo procedimiento y sin que Jill le soltara de la mano cruzaron aquel nuevo umbral.

Fue entonces cuando vio la campana y comprendió que no todo era un sueño o una pesadilla; que por lo menos, Jill era real.

También lo eran los alambiques, el cuadro de luces multicolores que había frente a él y que iban cambiando de color a medida que iban transcurriendo los segundos, las ahora apagadas pantallas, equivalentes a las de la TV antiquísima, y mirándolo todo lleno de curiosidad, se dijo que estaba en presencia de un potente cerebro electrónico cuya capacidad para el bien o el mal se sentía incapaz de calcular.

Desvió los ojos a Jill.

— ¿De dónde vine?

— Del Tiempo y la Distancia. Ven Avoa, te mostrare lo mismo que yo vi.

Avoa se dejo conducir hacia uno de los ángulos de la vasta estancia.

CAPÍTULO V

— ¡Soltadlo! Lo hicieron así.

Dee se tambaleó un poco y luego se irguió enfrentándole.

— ¿Qué fue lo que hizo? ¿Qué nuevo invento...?

—No inventó nada, consejero, pero traía esto cuando lo encontramos —y tiró el puñal de piedra a los pies de Dee que no se movió—. Por el camino nos ha dicho que iba a venir aquí. Esta noche.

Siguió una pausa que se hizo desmesuradamente larga, y que Dee rompió:

—Vamos, ¿a qué esperas para ejecutarme? Yo venía a matarte. Es decir, iba a hacerlo tan pronto como llegara la noche.

— ¿Por qué?

—No eres bueno para, la Ciudad Muerta. No eres bueno para nadie, consejero. Deseamos hijos, otro modo de trabajar, y otras leyes. Y armas, tú y los tuyos las tenéis.

— ¿Nada más?

—Sí, aún queda algo. Quiero saber algunas cosas.

— ¿Como por ejemplo?

—Hablo por boca de los demás, consejero. Quiero saber quién es «Multivax» y los motivos por los que tenemos que esperar ver morir a los demás para...

El consejero hizo un gesto con la mano y Dee se interrumpió.

—Dejadnos solos —dijo.

—Pero...

—Salid —repitió—. Si os necesito ya os llamaré.

Los dos miembros de la guardia giraron sobre sus talones y desaparecieron dejándoles solos.

—Sin testigos, ¿verdad?

—Siéntate, Dee —fue la respuesta que obtuvo del consejero.

— ¿Cómo sabes mi nombre?

—Yo lo sé todo. La Cosa me lo dice.

— ¿Quién es?

—«Multivax».

—Eso ya lo sé.

—Pues no hay más, Dee. Y ahora, una pregunta, pero quiero la verdad: ¿Por qué deseabas matarme? —

Ya te lo dije.

— ¿Y nada más?

—Nada más. Quiero saber qué ocurrirá cuando las estrellas se detengan, y si esto es cierto, o una mentira más de las leyes que tú proyectas junto con La Cosa. Quiero ver los libros. Yo sé leer y escribir —y había orgullo en su voz—. Soy el único de los de allí abajo.

— ¿Acaso te enviaron ellos?

—Vine por mi voluntad. Es decir, iba a venir, y esto nadie lo sabe.

El consejero desvió sus ojillos hacia un punto inconcreto de la estancia de los Sillones, y dejó transcurrir unos cuantos segundos antes de contestar:

— ¿Qué piensas hacer, Dee?

— ¿A qué viene esa pregunta?

—Contesta.

— ¿No va a matarme, a ejecutarme como tú le llamas?

—Aún no lo sé. Vamos, contesta.

—Quiero escalar esas murallas y ver lo que hay al otro lado. Pero antes deseo leer esos libros.

— ¿Sabes dónde están?

—No, pero espero que me lo digas antes de la ejecución, consejero.

— ¿Deseas morir?

—No. Deseo saber, pero la verdad. ¿Dónde están los libros?

—«Multivax» los guarda.

—Pídeselos.

—No puedo.

— ¿Por qué?

—No me los daría.

—Inténtalo.

—Ahora duerme.

—Eso es mentira, consejero.

Dee se puso en pie y el consejero introdujo la mano entre los pliegues de la túnica.

Cuando la apartó de allí, él se vio frente a una de aquellas terribles armas de rayos cósmicos.

Se detuvo, un tanto indeciso, mientras que sus pensamientos iban a Muriel. Ahora, ella ya no tendría un hijo, ni aunque muriera una de las Siete Hermanas.

—Continúa, Dee.

— ¿Para qué?

—Es interesante todo lo que estás diciendo —señaló hacia atrás, sobre su hombro, exactamente como hiciera en presencia de Avoa y añadió—: La Cosa está ahí, tras esos paneles. Si quieres puedes entrar. Sabrás quién es, unos segundos antes de morir.

— ¿Y los libros...?

—No tendrás tiempo de alcanzarlos, Dee.

—Lo intentaré. De todos modos voy a morir, ¿no?

—Eres terco, y un estúpido.

— ¿Por qué? ¿Por querer saber la verdad? Dime, ¿qué ocurrió con Don?

—Fue ajusticiado.

— ¿Y...?

—Inventó una cosa, Dee, y no tuvo que hacerlo. Una cosa que llamó rueda. Servía para quitar el trabajo a los hombres, pero no merece la pena. El progreso...

—Guárdate el consejo, que en la Ciudad Muerta ya lo sabemos de memoria.

Se apartó de él y empezó a acercarse hacia la puerta o en dirección a los paneles que le cerraban el paso hacia «Multivax», el ser misterioso que jamás daba la cara, pero sí órdenes y leyes.

—Dee...

— ¿Sí...?

Preguntó sin volverse, también sin detener sus pasos.

— ¿Vas a entrar?

—Si no me matas antes, sí.

El consejero no respondió, alargó la mano izquierda y presionó uno de los botones de brazo del sillón.

Casi en el acto aparecieron los dos miembros de la guardia que le trajeron hasta allí.

—Lleváoslo —dijo.

Dee se detuvo y se volvió.

Los miembros le estaban apuntando al pecho.

Dispararían y sería algo tan fino como una aguja, pero tan brillante como una estrella, que se estrellaría en su pecho; una nubecita de un azul intenso, y nada más.

Eso sería el todo para él.

— ¿Alguna otra cosa, consejero?

—Orden de ejecución.

— ¿Cuándo?

—Ahora.

Avanzaron hacia él, Dee retrocedió un par de pasos y luego, de un modo brusco, se volvió dando la espalda:

—Indicadme el camino —dijo—; no hace falta que me toquéis ya que iré yo solo.

No lo hicieron.

Dee empezó a andar, paso a paso, hacia otra de las puertas que le cerraban el paso, indicada con un gesto por el consejero.

Cruzó al otro lado llevándoles detrás.

El corredor; largo hasta lo inconmensurable.

Dee continuó andando, esperando de un momento a otro el rayo que le desintegraría, con el pensamiento puesto en Muriel y en que jamás debió escucharla; ni a ella ni a Milk y su mujer.

* * *

Una mesa de metal policromado que también le recordaba tiempos más felices en la Tierra, y un bulto sobre aquélla.

Un bulto tapado con una sábana.

Sin una sola vacilación, Jill pasó por su lado y tiró de la sábana.

Avoa se estremeció sin poderlo evitar porque frente a sus ojos tenía, posiblemente, el mismo ataúd en que fuera enterrado en un lugar del cual no tenía ni la menor idea, ni cuando ocurrió el hecho.

No, porque ahora todo estaba confuso en su mente.

Preguntó:

— ¿Y bien…?

—Estabas ahí —y señaló el fondo del ataúd—, desde hace mucho tiempo. Desde antes que apareciera el consejero.

— ¿Cómo es posible?

—Un proceso bioquímico que debió formarse en tu interior muchos años atrás.

« ¡Milenios!»

Lo tenía delante de sus ojos y, sin embargo, Avoa no podía creerlo; aún dudaba, y sus manos, con gesto maquinal, fueron una vez más a su frente.

Al terminar de mesarse el cabello preguntó:

— ¿Quién me trajo hasta la Ciudad Muerta? Alguien tuvo que hacerlo, ¿no? Fuera o dentro de ese ataúd lo hicieron. ¿Quién? Tú lo sabes, Jill —acusó.

Ella negó con la cabeza.

—No. Tú ya estabas cuando yo vine. Siempre te vi de ese modo, ahí dentro, con las manos sobre el pecho. En hielo, congelado, pero el

ataúd se pudría y hubo que sacarte.

— ¿Quién lo ordenó?

—La Cosa.

— ¿Por qué?

—Ni el consejero lo sabe, Avoa. No hay explicación.

— ¿Quién lo hizo?

—Hizo, ¿el qué?

—Sacarme de ahí.

Jill señaló la mesa que había bajo la campana. —

Yo, Avoa. Te coloqué ahí, y con ayuda de la computadora te saqué de tu sueño.

— ¿Para qué? ¿Quién eres tú para turbar el descanso de los demás?

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—Nadie. Soy científico y me interesa tu caso. Siéntate, Avoa, y hablaremos.

— ¿Qué quieres saber?

— ¿Quién eres, de dónde vienes, y cómo llegaste a ese lecho?

Avoa se sentó y Jill lo hizo frente a él, cabalgando una pierna sobre la otra.

— ¿Y bien...?

Avoa señaló la computadora.

— ¿Por qué no le preguntas?

—Ya lo hice.

— ¿Y...?

—La respuesta que me dio es que no estaba programada para contestar a esa pregunta.

—En ese caso… Bueno, «Multivax» lo sabrá, ¿no? Ve a verle y pregúntale; quizá te alegre saberlo.

—No me lo diría. La Cosa no da explicaciones, sólo dicta leyes, hace que se cumplan, y ordena.

— ¿Nada más?

—Y ejecuta. El y el consejero gobiernan la Ciudad Muerta.

—Sí, eso es lo que he oído —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Por qué para que nazcan unos tienen que morir los otros, Jill?

—No lo sé.

Era algo así como si sus preguntas se estrellaran contra un muro de silencio, completamente impenetrable, sin un solo resquicio, sin una sola fisura por donde penetrar en él.

¡Cuando se detengan las estrellas!

¡Bah!

—Volvamos a lo tuyo, Avoa.

La miró, roto una vez más el débil hilo de sus pensamientos.

— ¿Y qué es lo mío, Jill? —

Te lo dije antes.

—Vine de la Tierra.

Y dejó que una extraña sonrisa vagara por entre sus delgados y un tanto crueles labios.

— ¿La Tierra? ¿Qué es eso? ¿Un planetoide? Si es así, debió desaparecer hace miles de años. Nunca oí hablar de él. Ni el consejero.

— ¿De verdad?

Había manifiesta ironía en su pregunta por lo que Jill le miró atentamente.

— ¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que uno de los miembros de la guardia me

llamó terrícola. El sabía de dónde procedo. Dime, Jill, ¿quién se lo dijo?

—Posiblemente el consejero.

—Hablamos de la Tierra y él negó conocer la existencia de ese planeta. De mi planeta. ¿Por qué lo hizo?

Jill se encogió de hombros y respondió:

—Continúa hablándome de ti, Avoa.

De nuevo la vaga sonrisa apareció por entre los labios de Avoa.

—A mí también me juzgaron y me condenaron.

— ¿Juzgaron...? ¿Qué es eso?

—Sería largo de explicar y no lo comprenderías, Jill. Sólo te diré una cosa, me ejecutaron.

Ella le miró largamente antes de preguntar:

— ¿Por un crimen?

—Según ellos cometí el mayor que puede cometer un ser humano. Y ahora que lo sabes, ¿qué piensas hacer? ,

Jill respondió con otra pregunta:

— ¿Quiénes eran ellos?

—Los que me juzgaron.

— ¿Eras culpable?

Avoa tardó varios segundos en contestar.

—Sí —dijo finalmente.

Jill se puso en pie.

—Debo informar de esto, ¿comprendes?

— ¿Acaso no lo sabía el consejero?

—Lo dudo, o aún estarías durmiendo en tu lecho. ¿Vienes...?

Y su mano estaba muy cerca de la culata de la extraña pistola que llevaba a la cintura.

—Claro. ¿Por qué no he de hacerlo?

No le tomó del brazo, se limitó a indicarle la puerta por la que habían entrado, y llevándola detrás suyo, Avoa la abrió y cruzó el umbral.

El pasillo, largo hasta lo inconmensurable, causando una extraña impresión en él.

Empezó a andar notando cómo Jill se colocaba a su izquierda.

Un paso, dos, tres, y entonces les vio.

Dos miembros de la guardia, con las armas en la mano, y delante un hombre como él mismo, pero vestido con burdas ropas de trabajo.

Se detuvo y Jill lo hizo a su vez, con el arma a medio extraer de la funda.

— ¿Qué significa eso? —preguntó.

El trío cada vez estaba más cerca.

—Una ejecución. :

— ¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez haya inventado algo.

Avoa recordó la rueda y la ejecución de un hombre llamado Don, al que no conocía, la suya, y sin una sola vacilación alargó la mano, tomó a Jill por la muñeca armada y cargó contra ella estrellándola contra la pared.

Pero cuando lo hizo, la pistola de rayos cósmicos, o su equivalente, se encontraba en su mano.

CAPÍTULO VI

La luz del sol de la Ciudad Muerta brillaba débilmente en el firmamento azul que tenían sobre sus cabezas.

Tal débil que en los confines del horizonte, en el extremo opuesto al que el sol se estaba alejando más y más, brillaban algunas estrellas que de haberlas visto Avoa, hubiera sufrido una sorpresa más.

Pero nada de esto sabía Muriel.

Sólo que el sol se marchaba una vez más y con él llegaría la larga noche que duraría meses o tal vez horas; esto nunca se sabía con seguridad.

Ni el consejero.

Tal vez La Cosa podría decir algo, pero callaba.

Desde hace un par o tres de meses no se oía su voz dictando alguna nueva ley, o amenazando a tal o cual habitante; o para ordenar a cualquiera de los miembros de la guardia que se llevara a tal o cual mujer porque había infringido la ley teniendo un niño sin esperar la muerte de un semejante.

No obstante, Muriel no pensaba aquella mañana en nada de aquello.

Sus meditaciones iban hacia Dee.

Y aquellas le llevaban a ir a casa de Milk; deseaba saber por Mary Jo si su marido se había presentado al trabajo aquella mañana, ya que no podía olvidar el modo que tuvo de salir.

Tan sólo *se* limitó a mirar hacia el cielo, hacer una mueca, y

luego a empezar a andar hacia allí.

No hacía frío.

El ambiente era en extremo cálido.

Era como si «Multivax» hubiera previsto de antemano la fecha fija en que el sol dejaría de alumbrar y calentar la Ciudad Muerta.

Tampoco pensaba en eso.

Un cuarto de hora más tarde, Muriel alcanzó la casa de Mary Jo, y llamó con los nudillos.

Mary Jo misma fue la que le franqueó el paso.

—Entra, date prisa, ¿quieres?

Muriel cruzó el umbral y la otra cerró a su espalda.

—Siéntate —invitó—. ¿Quieres tomar algo?

—No, nada. Simplemente vine a...

—Sé a lo que has venido —cortó Mary Jo, y Muriel pudo ver que había pesar en sus ojos y en su voz—. Te has enterado y viniste, ¿no? Bueno... yo... no sé lo que decir en un caso como éste. Lo siento, ¿sabe?

Como impulsada por un resorte, con las manos sobre los pechos, Muriel se puso en pie.

— ¿Qué quieres decir? ¿De qué tengo que estar enterada? Vamos, habla. Es... es de Dee, ¿verdad?

Dio un paso adelante y la prendió por los hombros.

—Habla, Mary Jo, ¿qué es lo que sabes tú que yo no sepa? Contesta, ¿quieres? Contesta de... de una vez...

La zarandeó con violencia, hasta que ella la apartó de un manotazo.

—Estás perdiendo los nervios, Muriel —dijo calmosamente—, y ahora que precisamente debes tener calma. Vamos, siéntate, y perdona, pero creí que lo sabías.

—Se trata de Dee, ¿verdad?

—Sí, así es.

— ¿Qué… qué ha sucedido?

—Se encuentra en la Casa Grande, con el consejero.

—Lo ejecutarán, Mary Jo. Lo harán tan pronto como sepan que…

La interrumpió con un gesto.

— ¿Dónde está Milk? —preguntó Muriel.

Las correctas facciones de Mary Jo se atirantaron.

— ¿Para qué quieres saberlo?

—Para preguntarle sobre lo que piensa hacer.

— ¿El…? ¿Qué quieres que haga, Muriel? Nada podemos contra La Cosa. Nada…

—Eso no lo pensabas ayer.

—Ni tú tampoco —cortó Mary Jo—. Por otra parte, si vas a culparnos de la muerte de Dee, tú lo eres tanto o más que nosotros. No lo olvides.

Muriel no contestó, dio media vuelta, abrió la puerta y desde el umbral la miró:

—El sol se está yendo y ya no volverá, Mary Jo —dijo suavemente—. Cuando caigan las sombras y las estrellas cabalguen por el cielo, si Dee ha muerto, le acompañaremos varios. Y ahora, por última vez, ¿dónde está tu marido?

—Fue al trabajo… igual que tendrás que hacerlo tú a partir de mañana ahora que te falta Dee. ¿Qué piensas hacer?

Muriel sonrió.

—Evitar que tú u otra cualquiera tenga un niño por causa de la muerte de Dee —hizo una pausa y preguntó—: ¿Cómo te enteraste?

—Le vi. Fue muy poco después que abandonara tu casa.

Muriel no contestó, dio el paso que le faltaba y repentinamente se vio en la calle.

Oscurecía.

Estaba oscureciendo muy rápidamente.

En el horizonte el sol era una bola de fuego que a poco se iba achicando, o por lo menos aquélla era la impresión que causaba a Muriel.

Sobre su cabeza, las estrellas y las constelaciones empezaban con su diaria marcha hacia el horizonte.

Muriel no perdió tiempo, se encaminó directamente a su casa, tomó una pala y con ella sobre sus frágiles hombros, con la cabeza hundida en el pecho, el camino de la cantera.

Media hora más tarde la oscuridad era completa y ella estaba dando vista al lugar de su destino.

Una oscuridad que no duraría mucho.

Era cierto, a su espalda, la Ciudad Muerta empezaba a brillar con luz propia; una luz que nadie sabía de dónde procedía aunque todos sospechaban que venía de la Gran Casa, morada de «Multivax».

Una claridad que la alcanzó cuando enfrentaba a Milk, que la observó en silencio, con el pico en la mano y uno de sus pies sobre la piedra que acababa de arrancar de la pared de la cantera.

— ¿Sí, Muriel...? —preguntó.

— ¿No lo sabes?

Milk la miró atentamente.

—No —dijo.

—Este es el pico de Dee.

— ¿Y...?

—El no lo usará más. Creí que estabas enterado.

—No, ni mucho menos. ¿Cómo fue?

—Mary Jo me lo dijo. Ella vio cómo dos miembros de la guardia se lo llevaban a presencia del consejero y eso todos sabemos a lo que equivale.

— ¿Cómo lo supo mi mujer?

Muriel forzó una sonrisa.

—Ella quiere tener hijos, Milk, y es un medio como otro cualquiera de conseguirlo.

— ¡Muriel!

— ¿Acaso no es cierto?

—No. No puedo creerlo. Dee era nuestro amigo… y por otra parte, había muchas personas enteradas de lo que nos proponíamos. Tú misma entre otras.

—Y tú también, Milk, no lo olvides.

Se volvió en dirección al sol que terminaba de hundirse, quizá de una vez para siempre, en las profundidades del cosmos sin fin, y añadió sin mirarle:

—Para cuando vuelva ese sol, si es que lo hace alguna vez, tú habrás muerto, Milk. Tú y ella, te lo prometo.

Se volvió dándole la espalda y Milk la vio alejarse hacia la ciudad, con los pasos medidos, sin prisa alguna, y con el pico sobre el hombro.

Maldijo entre dientes.

Empezaba a tener miedo que se acrecentaba más y más a medida que pensaba en las palabras de Muriel y en su acusación.

Si ella delató a Dee al consejero, éste estaba ya enterado de todo el complot, lo que sólo quería decir una cosa: peligraba su vida tanto como había peligrado la del propio Dee, aparte de que pudo ser obligado a hablar.

Continuó trabajando.

Era lo único que podía hacer en aquel momento si no deseaba llamar la atención de alguno de los miembros de la guardia.

De los mismos que se llevaron a Don cuando inventó aquello redondo.

Una hora, dos, tres o tal vez más; no lo sabía con seguridad porque para los habitantes de la Ciudad Muerta el factor tiempo no contaba para nada, el reloj era algo de* lo que ninguno tenía conciencia, no lo habían visto nunca y si alguien hubiera pronunciado aquella palabra, la respuesta inmediata sería la consabida pregunta de qué significaba, y dejó de trabajar.

Con la pala y el pico sobre el hombro, todavía rumiando las palabras de Muriel, Milk se despidió de sus compañeros de trabajo y tomó la senda que debe ría conducirle hasta la ciudad.

Cuando alcanzó la puerta de su casa las estrellas se movían en el cielo.

Entró, lanzó una mirada a su alrededor y luego, como acuciado por una extraña prisa, empezó a registrar la vivienda.

Mary Jo no se encontraba allí.

Era chocante y frunció el ceño ya que aquello no había ocurrido nunca.

Regresó sobre sus pasos.

Muriel...

Aquélla podía ser una posibilidad.

Escondiendo su miedo salió a la calle y caminó bajo la claridad lechosa de las estrellas, apenas alumbrado por la luz ahora opaca que iluminaba la Ciudad Muerta, quizá procedente de la Gran Casa y de cualquiera sabía dónde, hacia la de Dee y Muriel.

Llamó a la puerta empleando los nudillos.

Silencio.

Volvió a llamar. Pasos...

Ahora los oía, acercándose cada vez más a la puerta, pero pasos, pisadas que no correspondían a mujer alguna.

Intentó retroceder, pero ya era tarde porque la puerta acababa de abrirse delante suyo.

Eran dos, igual que en todo momento ya que los miembros iban por parejas, patrullando las calles, la mayoría de las veces de noche, aunque no con demasiada frecuencia.

Se podía decir que sólo lo hacían cuando buscaban a alguien.

— ¿Milk...?

Era inútil mentir porque el que le estaba preguntando le conocía sobradamente bien.

—Sí.

—Tienes que venir.

— ¿Adónde?

—El consejero te espera.

— ¿Qué he hecho yo?

Se encogieron de hombros.

—No lo sabemos, pero debes venir.

Fue a preguntar por Mary Jo, pero en el último segundo decidió no hacerlo.

—De acuerdo —repuso—, vamos.

¿Y Muriel? ¿Dónde se encontraba en aquel momento?

Aquélla era la casa de la muchacha y ellos estaban allí, maldiciéndola, manchándola con su presencia, luego de lo ocurrido a Dee.

Aquello le hizo recordar a Mary Jo y su ausencia y continuó andando, en dirección a la parte norte, llevándoles detrás, a pocas yardas de distancia.

Una esquina.

Empezó a cruzarla.

Un paso, otro, y saltó a un lado, patinó en el polvo, rodó por el suelo, se enderezó, y el rayo pasó por su lado con un leve chirrido parecido al que efectúa una pieza de hierro al rojo vivo al tropezar

con el agua, y uno de los edificios que había frente a él se esfumó en una nube azul.

El otro abrió un hoyo en la tierra, a pocas pulgadas de donde estaba su cuerpo un segundo antes, y continuó corriendo sabiendo que las cargas de rayos cósmicos eran intermitentes.

A su derecha otro de los edificios de madera se convirtió en humo que se elevó hacia las alturas y quedó allí, como si hubiera tropezado con un muro invisible, suspendido sobre la calle, hasta que se disipó.

Milk no pudo ver nada de esto.

A su espalda sentía el rumor que producían los dos miembros que iban tras él, y volvía la cabeza de vez en vez, tratando de verles con claridad para evitar, si podía, el siguiente disparo.

Unos segundos más tarde les vio, justo en el momento en que desembocaba en la otra calle.

Hubo un chispazo, un rayo de luz, fino como una aguja y que se prolongó indefinidamente, y a continuación un chasquido.

Luego una voz metálica, fría, sin inflexiones, llenándolo todo con sus palabras…

* * *

Muriel continuó su camino; a su espalda quedaba Milk y la cantera; delante su casa, ahora vacía.

Ya no deseaba tener un niño, sus pensamientos eran muy otros; eran exactamente iguales a las palabras que pronunciara en presencia de Milk.

Abrió la puerta con ánimo de soltar el pico y luego regresar a la calle en sombras.

Una visita a Mary Jo y otra, quizá, al consejero.

Intentaría ver a «Multivax».

Ahora no tenía miedo porque para ella nada importaba.

Entró en la vivienda, lo dejó caer a un lado, encendió una luz de resina y con el hachón en la mano se acercó al dormitorio, y empujó la hoja de madera para entrar.

Al ir a cruzar el umbral les vio.

Eran dos, pero sólo uno empuñaba una de aquellas terribles y mortíferas armas.

Muriel lanzó un pequeño e inarticulado grito unos segundos antes de perder el conocimiento.

Ella no lo supo nunca, pero lo cierto es que no llegó a tocar el suelo.

* * *

Le dispararon.

Los dos al mismo tiempo, y los rayos pasaron sobre su cabeza, hubo un chasquido a su espalda, una leve columna de humo y el hombre que conducían los miembros de la guardia se lanzó al suelo mientras que detrás suyo aparecían dos boquetes del tamaño del puño de un hombre, pero esto no lo supo hasta minutos más tarde.

Abrió fuego a su vez.

Un azulado rayo, un chasquido, y uno de los miembros se volatizó en el aire en tanto que el otro se lanzaba contra Dee que se apartó a un lado.

Falló el encontronazo y cayó rodando, dio una vuelta de campana sobre sí mismo, se puso de rodillas y encaró el arma.

Pero cuando lo hizo, se convirtió en una llamarada azul, en un nauseabundo olor a carne quemada y Avoa se puso en pie.

Un poco más allá, Dee estaba haciendo lo propio.

Miró a su alrededor; Jill había desaparecido.

Dio un par de pasos hacia adelante, sin soltar el arma, y Dee preguntó:

— ¿Quién eres tú?

—El Pasado.

Arqueó una ceja.

— ¿Y eso qué es?

—Pongamos que viví antes que tú.

— ¿Y ahora...?

—Estoy aquí.

—No entiendo eso.

Avoa estuvo a punto de sonreír.

—Lo único que entiendo ahora, es que tenemos que salir de aquí, o «Multivax» terminará con nosotros.

—Lo hará de todos modos.

—En ese caso, ¿te quedas?

Dee sacudió la cabeza.

—No; voy contigo.

— ¿Sabes cómo salir?

—Sí, ven conmigo.

—Toma ese arma.

Se refería, naturalmente, a una de las dos pistolas, que era lo único que quedaba de los dos miembros, pero Dee denegó con un movimiento de cabeza.

—No las necesito.

Avoa le miró, pero no pronunció palabra al respecto.

—De acuerdo —respondió—, vámonos.

Empezaron a correr pasillo adelante, sin que Avoa abandonara el arma.

CAPÍTULO VII

Media hora más tarde, ambos se encontraban en la calle, huyendo hacia la parte sur de la ciudad.

Las estrellas.

Avoa las miró de forma casual y se petrificó.

Tanto que se detuvo en seco obligando a Dee a que le imitara, y a que luego, al cabo de un par o tres de segundos de estarle contemplando atentamente, le preguntara:

— ¿Qué miras?

Siempre con los ojos fijos en el negro del cielo, Avoa respondió:

—Las estrellas.

—Algún día se detendrán. Está escrito en los libros de La Cosa.

—No es eso lo que quiero decir.

—Ah, ¿no?

—No.

Pero no le aclaró que de las que brillaban en el cielo, no conocía a ninguna.

La Osa Mayor, la Menor, Venus, la Constelación de Andrómeda, Sirio... Ninguna de aquellas estrellas brillaban sobre su cabeza. Eran... distintas, como si pertenecieran a otra galaxia aparecida frente a sus retinas de un modo espontáneo... o que empezaran a aparecer hacía milenios, para culminar en aquello que estaba viendo.

A su juicio, el universo entero había cambiado.

— ¿Qué quieres decir?

Soslayando la pregunta, Avoa empezó a andar, formulando otra:

— ¿Dónde me llevas?

—A mi casa, pero no podremos quedarnos allí.

— ¿Por qué no?

—Allí será al primer sitio que vayan a buscarnos.

— ¿Y...?

—Tengo mujer, ¿sabes? Iremos por ella y nos esconderemos. Luego trazaremos un plan. — ¿Para qué?

—Quiera leer los libros de La Cosa. —El que entra en su cámara muere. El consejero lo ha dicho.

—El consejero puede mentir.

No contestó, por lo que continuaron andando, procurando confundirse entre las sombras, hasta que ya dando vista a la casa de Dee, Avoa inquirió, volviendo a la carga:

— ¿Conoces a Jill?

—La vi varias veces.

— ¿Quién es?

—Ayudante del consejero. Guárdate de ella.

—Me llamo Avoa, ¿te lo dije?

—No. Yo Dee.

— ¿Por qué te llevaron?

—Quería saber la verdad.

— ¿Ahora no?

—También.

Callaron, la casa estaba cerca, muy cerca.

Se pegaron a la pared.

— ¿Nos siguen?

—No. Por lo menos eso es lo que creo.

—No tardarán en hacerlo.

Volvieron a callar y ya no pronunciaron palabra hasta encontrarse en el interior de la vivienda.

De los dos, fue Dee el que hizo un comentario luego de haber entrado en su dormitorio:

—Muriel no está.

— ¿Es así como se llama?

—Sí —se apartó de su lado y registró la vivienda, y al regresar añadió—: Falta un pico.

— ¿Y eso qué tiene que...?

—Muriel ha ido a trabajar por mí.

— ¿Debe hacerlo?

—Sí, si yo he muerto. Es la ley.

—Pero estás vivo.

—Muriel puede no saberlo.

Avoa le miró pensativamente.

—Siendo así, alguien tuvo que decirle lo contrario. ¿Sabes

quién?

Dee se encogió de hombros.

—Fueron muchos los que acudieron a la reunión.

— ¿Qué reunión? —preguntó Avoa.

—Muriel quiere un hijo y...

Poco a poco se lo explicó todo, y terminó diciendo:

—Gracias, Avoa, me salvaste la vida y ahora, lo mismo que yo, también estás sentenciado a muerte.

Sin responder a aquello, Avoa se acercó a la puerta.

— ¿Qué es eso del pasado? Explícamelo, ¿quieres?

Muy cerca ya de la hoja de madera, Avoa respondió:

—No lo entenderías.

— ¿Me crees estúpido?

—No es eso, pero no lo entenderías.

—No te comprendo.

— ¿Lo ves? Tú mismo me estás dando la razón.

Dee no pronunció palabra, dio media vuelta, cruzó el umbral y entró en su dormitorio.

Por su parte, desde el recuadro de la ventana, Avoa examinó la calle en sombras tratando de distinguir cualquier rumor que delatara la presencia de algún enemigo, y acto seguido clavó los ojos en las estrellas.

Era un científico; uno de los más grandes científicos de su época, pero lo que estaba viendo en el cosmos no sólo no lo entendía, sino que no cabía en su cerebro.

Aquellas constelaciones que tenía frente a sus ojos tenían que ser fruto de una imaginación calenturienta, por varias razones, entre la que destacaba que marchaban hacia el horizonte en sentido contrario al natural, allá por los años... o por los siglos...

¿Milenios?

Se encogió de hombros en tanto que una maldición brotaba entre sus dientes.

Un científico que no conocía ni las estrellas que tenía delante, un científico que fue juzgado y condenado a la silla eléctrica, y cuya ejecución se llevó a efecto en...

¿Imaginación calenturienta...? ¿La suya?

Si era así nada de aquello estaba ocurriendo; nada había ocurrido tampoco en el año en que vivió sobre un planeta llamado Tierra, recalentado con exceso, y a punto de estallar.

El había sido uno de los principales artífices para que aquello no ocurriera y en pago se encontraba en un lugar entre el infierno y... cualquiera sabía qué.

Desvió los ojos incapaz de resistir por más tiempo el alucinante espectáculo del viajar de las estrellas y volvió a mirar la calle.

Nada.

Silencio, pero a pesar de eso, Avoa sabía que a aquella hora ya le estarían buscando.

Jill desapareció de su lado y habría dado la alarma diciendo que estaba armado, por lo que los miembros de la guardia dispararían contra él sin más aviso.

Se volvió en redondo.

Dee no se encontraba allí, por lo que miró la puerta que había casi frente a sí mismo.

Unos segundos más tarde la cerraba a su espalda, para enfrentar a un Dee que a su vez le miraba fijamente con una extraña expresión en los ojos.

—Vámonos —dijo.

—No podemos ir a ningún sitio, Avoa —respondió.

— ¿Por qué?

Dee continuó sin moverse del borde del lecho donde se sentaba.

—La Cosa nos alcanzará más tarde o más temprano.

—Podemos destruirla. Soy científico.

— ¿En el pasado?

—Sí.

Dee se permitió una sonrisa.

—Yo soy torpe a tu lado —afirmó—, pero tú, en esta época, también lo eres. No podrías destruir a «Multivax»; nadie puede en la Ciudad Muerta. Nadie, Avoa.

— ¿Quién afirma eso?

—Todos. El consejero entre otros.

—El no puede decir otra cosa.

—Lo sé, pero es cierto —su expresión se volvió vacilante al añadir—: Estamos atrapados aquí. Las murallas rodean la ciudad y no podemos escalarlas. Entonces, Avoa, ¿dónde quieres que vayamos? El consejero o los miembros de la guardia nos alcanzarán de un modo u otro. Además, La Cosa lo sabe todo.

— ¿Quieres decir que a esta hora ya está enterada de...?

— ¿Que estamos aquí? —cortó Dee—. Seguro, Avoa.

—En ese caso, ¿quieres decirme por qué tardan tanto en venir?

—Tal vez se estén divirtiendo a costa nuestra, riéndose de nuestro miedo.

— ¿Pero lo tienes?

—Sí. ¿Y tú?

—No —repuso Avoa fríamente.

—Eso no puedo creerlo. Todos tenemos miedo a la muerte.

— ¿Todos...? —su risa sonó seca a los oídos de Dee unos segundos antes de añadir—: Todos, no, Dee; es decir, yo no, yo ya estuve muerto una vez. Vamos.

Se acercó, le prendió por un brazo y tiró de él.

Ambos enfrentaron la puerta, dieron un paso, y entonces aquélla se abrió enmarcando a Muriel, que al verle se llevó las manos a los pechos, vaciló unos segundos y con los ojos llenos de terror fijos en la pistola que Avoa continuaba empuñando, vaciló sobre sus piernas y hubiera caído al suelo de no ser por el propio Dee que la tomó de la cintura un segundo antes de que se derrumbara.

Ya con ella entre los brazos clavó los ojos en Avoa que a su vez estaba mirando el tosco pico de piedra y madera que Muriel dejara caer al suelo tan pronto como se desmayó.

— ¿Qué hacemos?

Avoa se encogió de hombros.

—No conozco la ciudad —dijo.

—Tú vas armado.

—Eso no lo pensaste antes.

Dee desvió los ojos hacia el hermoso rostro de su mujer.

—Creí que había muerto. Cierto que faltaba el pico, pero creí... creí que ellos se lo llevaron con ella —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Vienes?

— ¿Adónde?

—Podemos ir a la cantera y allí esperar hasta que lleguen Milk y los demás trabajadores.

— ¿Para qué?

—Tal vez ellos quieran ayudarnos.

—Hace poco dijiste que en la reunión...

—Sí, lo sé —interrumpió Dee—, pero en alguien tenemos que confiar.

Era una realidad, por lo que Avoa respondió:

—De acuerdo; vámonos —dijo—. Yo iré delante, pero tú tendrás que indicarme el camino.

Salieron a la calle y se pegaron a las paredes.

—Sigue adelante, Avoa, pero despacio. Muriel pesa bastante.

No respondió.

Continuó andando, oyendo tras sí los pasos firmes de Dee, hasta que hubo un momento en que él advirtió: —Tuerce a la derecha por la segunda bocacalle. Lo hizo un par de minutos más tarde. —Espera un poco, Avoa, está despertando.

Se detuvo y se volvió.

Era cierto. Muriel había abierto los ojos y miraba a su marido con gesto de estupor mientras llevaba las manos a su rostro.

—Me dijeron... me dijeron... —empezó, y entonces vio a Avoa—: ¿Quién es...?

—Representa el pasado en el presente, Muriel.

—No comprendo.

—Un día, cuando haya tiempo, nos lo contará. Ahora tenemos que irnos de aquí. Estamos tratando de escapar de «Multivax».

—Lo sé, Dee.

La soltó en el suelo, la prendió del brazo y continuaron andando.

La salida, el campo, el camino que conducía a la cantera y más allá, mucho más allá, la alta muralla que rodeaba la Ciudad Muerta.

Alta, mucho más alta que la Gran Casa, lugar donde empezaba y moría.

Antes de llegar la vieron.

* * *

—Ha matado a Ki-Ti y a Sabin, y se ha ido.

El rostro del consejero se mostró inalterable.

—Lo sé.

Jill levantó una ceja mirándole con sorpresa.

— ¿Y no vas a hacer nada por impedirlo?

—La muerte de Ki-Ti y Sabin ya no tiene remedio.

—Pero los asesinos huyen.

—No irán lejos.

—No lo sé. Dee es inteligente y el hombre del pasado...

—Ninguno de los dos me preocupa por el momento.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Pero que...

—Ellos tienen derecho a saber.

—Aún no. Está escrito en los libros. «Multivax» aún no ha dado la orden ni la dará. Ni tú ni yo sabemos nada. Ni siquiera lo que hay más allá de todo esto.

Tenemos miedo. Tú y yo, consejero. Estoy en lo cierto, ¿verdad?

—Sí, tal vez.

— ¿Qué sabes de «Multivax»? Nada, ¿verdad? Es absurdo, pero no menos real —señaló por encima del hombro del consejero, hacia la pared que tenía detrás del sillón en que se sentaba y añadió—>: Ni siquiera sabes lo que hay detrás de esa pared. No en la cámara, sino más allá.

—Es la morada de «Multivax».

—Lo sé, pero nadie le ha visto; ni tú, consejero. Has estado mintiendo a toda la Ciudad Muerta y te has estado mintiendo a ti mismo. Me has mentido a mí. Y tú tienes derecho a saber por más viejo y más inteligente, y explicárselo a los demás.

—Ese es un contrasentido.

— ¿Por qué?

—Me pides que persiga a Avoa, a Dee, y luego quieres saber, y tú no tienes derecho. Tú menos que nadie, Jill.

— ¿Por qué? ¿Acaso no sé razonar?

El consejero la miró de pies a cabeza.

—Cierto que sí, incluso demasiado —se echó a reír, y añadió—: Incluso lo suficiente para lograr que Avoa se quedara contigo, pero fracasé en mi propósito.

—Hubiera fracasado de todos modos.

—Sí, lo sé, pero también trataba de probar tu capacidad.

Jill hizo una mueca y sus verdes ojos adquirieron inusitado brillo.

—Prefiero hablar de otra cosa.

—Por ejemplo...

—De «Multivax». Deseo entrar ahí.

—Detrás mío no hay nada.

—Lo sé. Es más allá, muy poco más allá. Quiero hablar con él.

—Duerme.

—Despertará muy pronto.

— ¿Sí...?

—Tan pronto como amanezca. No olvides que el sol se fue y que posiblemente tardará mucho en volver, si es que regresa. Sea lo que fuere, voy a ir. No tengo miedo, consejero. Tú sabes que no puedo tenerlo.

—Ahora mientes. Lo tienes, y más grande que el mío. Temes ser destruida.

Jill se le acercó tanto que cuando se detuvo le rozaba.

— ¿A qué esperas, consejero, para saber la verdad? ¿A que la

Ciudad Muerta tome por asalto la Casa Grande? Lo harán, puedes estar seguro de eso. Ahora lo harán. Avoa no tiene nada que perder. Te contó su historia, ¿verdad?

—Ya la sabía, Jill. La Cosa me la explicó.

—En ese caso él amotinará a los otros... y casi estoy por darle la razón. Dime, consejero, ¿adónde nos lleva «Multivax»? ¿A una destrucción total? Y, ¿quién tiene las llaves que abren sus puertas, las puertas de su santuario? ¿Tú?

El consejero se echó a reír y su risa cascada, como chirrido de puerta cuyos goznes están sin engrasar, se expandió por la Sala de los Sillones, rebotó de pared en pared y finalmente se extinguió por sí sola.

—Nadie la tiene, Jill. «Multivax» es el único que puede abrirla desde dentro.

—Eso puedo comprobarlo por mí misma.

Empezó a retroceder sin que el consejero dijera nada, dio media vuelta y se acercó a la puerta que había detrás de los sillones.

Casi la tocaba cuando él dijo:

—Si tratas de forzar el paso terminaré contigo, Jill.

Se volvió a mirarle.

Entre los pliegues de la túnica, pudo ver la mortífera arma que la apuntaba entre los pechos.

—Fue sólo una broma —dijo—. No estaba tratando de desobedecer una ley. Lo que ocurre —continuó acercándosele—, es que yo también empiezo a sentir curiosidad por todo esto. Dime, consejero, ¿has leído esos libros?

—No.

— ¿Por qué?

—Porque no puedo a pesar de que algunas veces he dicho lo contrario. Sólo La Cosa sabe cómo se abre la puerta que los guarda.

Jill no respondió.

Su ágil cerebro perdió unos segundos en analizar unas cuantas cosas, y entonces lo dijo:

—Se está haciendo tarde, consejero —dijo—, ¿qué hacemos con Avoa?

—Ir tras él.

Jill no contestó, dio media vuelta y abandonó el salón.

Cuatro minutos más tarde dos miembros de la guardia abandonaron la Gran Casa.

CAPÍTULO VIII

Continuó corriendo.

El siguiente relámpago casi le cegó por lo que se llevó las manos a los ojos y tambaleándose dobló la esquina más inmediata al lugar donde se encontraba.

Una esquina que desapareció ante sus ojos convertida en una llamarada seguida de un seco y leve chasquido.

Como si alguien hubiera pisado una ramita seca.

Se lanzó al suelo de cabeza.

El silencio era ahora absoluto.

Milk parpadeó un poco tratando de fijar sus pupilas en algo, y que aquel algo le diera la debida consistencia.

Lo logró al cabo de los tres o cuatro segundos.

Los dos miembros de la guardia no se veían, pero él sabía que se encontraban allí, muy cerca, esperando que se delatara con cualquier rumor, al efectuar un falso movimiento.

Crispó los labios.

Lo conseguirían; Milk estaba seguro, sus nervios le traicionarían en cualquier momento.

Por otra parte no comprendía la ausencia de Mary Jo.

Muriel pudo darle muerte tal y como le prometiera, y aquello, aquella idea, restaba un tanto sus facultades de hombre mediocre ya de por sí.

Repentinamente perdió los nervios, aunque sólo fue en parte.

Empezó a moverse, sí, pero lo hizo lentamente, procurando no producir el más leve rumor, deslizándose por la pared que había a su espalda, tratando de situarse detrás de los dos, con ánimo de continuar retrocediendo hasta alcanzar la salida de la ciudad, para tratar de despistarlos en forma definitiva.

A pocos pasos, los dos miembros de la guardia se separaban.

Milk les vio poco más tarde, ya a espadas de los dos y se detuvo pegándose a uno de los portales mientras que una idea nacía en su mente.

Miró a su alrededor.

Una piedra.

Era lo único que sabía hacer, lo único que había aprendido de sus padres y abuelos, muertos ya, y lentamente, sin perder de vista al miembro, se arrodilló y pulgada a pulgada fue alargando la mano hacia la roca.

La tocó con las yemas de los dedos y contuvo la respiración mientras que la transpiración empapaba su frente.

Un poco más allá, otra sombra, mordiéndose uno de los puños, para no gritar de terror, al mismo tiempo que para no ser descubierta, esperaba con los ojos desorbitados fijos en la escena, que adivinaba más que veía.

Milk tomó la piedra, la retuvo entre los dedos y lentamente se puso en pie.

Ahora la transpiración empapaba su cuerpo y sus ropas.

A menos de quince yardas de distancia, el miembro, vuelto de espaldas, escudriñaba los edificios que tenía frente a sí.

También escuchaba.

Milk empezó a deslizarse hacia él, sin pensar para nada en el segundo.

Ni siquiera se acordaba de que había otro más, ofuscado por una sola idea, la de terminar rápidamente. De este modo, pulgada a pulgada, moviéndose con una lentitud desesperante, Milk se situó a su espalda, levantó la mano y le golpeó la nuca con la piedra, un poco más abajo de donde quedaba el filo del casco que llevaba puesto.

El miembro de la guardia cayó de cara levantando del suelo una nube de polvo y Milk, soltando la roca |se precipitó sobre él arrebatándole el arma.

No le disparó; con aquélla en la mano giró en redondo abarcando toda la calle en tanto que la otra sombra se mantenía rígida, sin atreverse a respirar, no deseando llamar su atención por el momento.

Al completar el giro, Milk le vio.

Es decir, se vieron al mismo tiempo.

Fue así, pero el miembro disparó primero y el rayo paso sobre la cabeza de Milk y se estrello a su espalda convirtiendo una manzana entera de casas en la clásica llamarada azul.

A continuación lo hizo Milk, y los dos rayos se cruzaron entre sí y dieron en el blanco.

Más allá, Mary Jo apartó el puño de su boca y su alarido de terror repercutió en toda la Ciudad Muerta llenando de pesadillas a todos sus habitantes.

Sumiéndoles en el más abyecto terror.

Una vez más, «Multivax» andaba suelto, cobrando presas.

Corrió ahora, llegó a aquel lugar, y con los ojos desorbitados vio que en el lugar en que un segundo antes se encontrara su marido, no quedaba nada más que la pistola de rayos cósmicos.

Mary Jo se inclinó y la tomó.

Miró a su alrededor.

Nada.

Todo el mundo se encontraba escondido y ella sabía que no saldrían.

No lo harían hasta el día siguiente si es que de nuevo brillaba el sol, pero si no era así permanecerían en sus casas, días y días, hasta que los miembros de la guardia les obligaran a ir a su trabajo; sólo entonces tratarían de averiguar lo que ocurrió aquella noche en la Ciudad Muerta.

Mary Jo desvió los ojos hacia el lugar donde anteriormente se encontrara la manzana de casas.

Un hueco, sólo eso, dando la impresión a cualquiera que lo mirase de que allí jamás hubo nada.

Se volvió en redondo.

Tenía que ver a Muriel, contarle lo que había ocurrido con Milk, tratar de convencerla de que ella no tuvo nada que ver con la muerte de Dee, y entre ambas trazar un plan de…

Empezó a andar con la pistola en la mano, pero escondiéndola entre los pliegues de su falda.

No lloraba.

Ni por el hijo que anhelaba y que nunca tendría ni por la muerte de Milk, su compañero.

El odio que ahora había nacido en su corazón lo borraba todo.

Veinte minutos más tarde, sin que su marcha hubiera sido interrumpida por nada ni por nadie, Mary Jo alcanzó la casa.

Nadie.

Fue entonces cuando tuvo conciencia de la espantosa soledad en que se encontraba una vez muerto Milk.

No la ayudarían.

La Ciudad Muerta se convertiría en una tumba para ella como ya lo fuera para sus antepasados.

Dee también había muerto y ahora Muriel no se encontraba en su casa.

Tenía miedo, verdadero terror a La Cosa que era dueña de vidas y de toda la ciudad, y que empezaría a buscarla tan pronto como notaran la desaparición de dos nuevos miembros de la guardia, y de Milk.

Sobre todo de Milk.

«Multivax», La Cosa, lo sabía todo; nada escapaba a su poder creativo o destructivo, según los casos.

La buscarían, y no había más verdad que aquélla.

Empezó a retroceder.

Paso a paso, sin dejar de mirar a su alrededor, con la extraña y mortífera arma en la mano, dispuesta a emplearla si se presentaba la ocasión.

¿Dónde podría encontrar a Muriel?

Se encogió de hombros, recordando.

Ya no tendría el hijo que siempre ambicionó; ya no importaba, para ella, que muriera tal o cual persona dentro de la ciudad.

Los amigos de Milk, de Dee, la cantera.

Dudó entre ir directamente hacia la Gran Casa ahora que estaba armada y destruir todo lo que pudiera antes de que a su vez fuera destruida, o tratar de encontrar alguno de los amigos de su marido.

Cierto que tendría que esperar hasta el día siguiente si éstos se decidían a abandonar sus casas, cosa que dudaba como ya pensara con anterioridad.

Podía ir en aquel momento, a sus domicilios, pero nadie la recibiría aparte de que si lo hacía era una pista para el consejero y sus secuaces.

La esquina, la dobló, se detuvo con la bella espalda pegada a una de las paredes de madera, vaciló durante unos cuantos segundos y finalmente se dijo que era mucho mejor ir a la cantera.

Allí, durante el resto de aquella noche, nadie iría a buscarla. Al

amanecer del nuevo día...

Tal vez tampoco si es que los trabajadores se quedaban en sus casas.

Por el momento, aquel lugar era relativamente seguro.

Continuó retrocediendo.

La senda, algún que otro árbol, completamente a oscuras fuera de la ciudad; sin luna, como tantas y tantas otras, como las que siempre había conocido, y como ella todos los habitantes de la Ciudad Muerta.

Sólo el cabalgar de las estrellas sobre su cabeza.

Mary Jo las miró y se encogió de hombros.

Algún día se detendrían y todas las mujeres podrían tener toda la descendencia que quisieran.

Volvió a encogerse de hombros.

Hijos... ¡Bah! ¿Qué le importaba a ella?

Vio la cantera justo en el momento en que se confesaba que se estaba engañando a sí misma.

Unos cuantos minutos más tarde se encontraba sentada sobre una roca, entre trozos y esquirlas del mismo material, polvo, arcilla, y rocas y más rocas, con los hermosos ojos fijos en el lento caminar de las estrellas.

Un rumor.

Mary Jo tendió el oído.

El rumor se repitió.

Pasos...

Trató de averiguar, por el sonido, cuántas personas eran las que se acercaban, y tras una breve vacilación se confesó a sí misma que tres.

Se puso en pie y lentamente, procurando que ningún rumor delatara su presencia se acercó a uno de los calizos taludes y pegó la

espalda al mismo con el arma a la altura de la cadera.

Sus ojos, fríos ahora, tenían el brillo de las estrellas.

Los pasos continuaban, sin precipitación, pero sin ocultarse.

Aún estaban lejos a pesar de la claridad con que se oían.

Mary Jo abandonó su escondite.

No estaban tratando de ocultarse, no eran pasos sigilosos, y se dijo que tal vez fueran algunos de los compañeros de trabajo de Milk.

Empezó a andar retrocediendo sobre sus pasos, y *poco* más tarde los cuatro se vieron al mismo tiempo.

Mary Jo tuvo unos segundos de indecisión, que cortó la voz de Muriel:

—Es Mary Jo, Dee. Vamos, Avoa, hágase cargo de ella. Es… peligrosa.

Y Mary Jo se echó a llorar.

Tenía el arma apuntando al suelo cuando Avoa se acercó para a continuación tomarla del brazo.

Le miró a los ojos.

— ¿Quién eres? Un extranjero, ¿no? ¿Cómo atravesaste esas murallas?

—Me llamo Avoa —fue lo que respondió.

— ¿De dónde vienes?

—De un lugar en el universo, muy lejos de aquí.

— ¿Cómo…?

La voz de Muriel, que se había detenido a su lado, en compañía de Dee, la interrumpió:

—Quítele eso, Avoa, o terminará con…

Avoa no se molestó en hacerlo; se limitó a tirar de ella hacia la cantera.

—Vamos —dijo—, y tú, Muriel, guarda tus antipatías para otro momento.

—Ella delató a Dee y...

Mary Jo se detuvo obligando a Avoa que lo hiciera a su vez.

—Eso no es cierto, Muriel, y tú lo sabes. No te soy simpática, ¿verdad?

—No.

— ¿Por causa de tu hombre?

— ¿Qué quieres decir?

—Le gusto a Dee y tú lo sabes, pero eso no significa nada. Yo... yo creí que había muerto cuando Milk habló conmigo y...

Dee fue quien la interrumpió.

— ¿Milk...? —preguntó—, ¿Dónde está Milk?

—Se volatilizó. Se convirtió en una nube azul, pero antes terminó con dos de ellos. Este arma... este...

Se precipitó contra el pecho de Avoa y escondió el rostro en su pecho de titán.

Avoa acarició suavemente su pelo y sin pronunciar palabra la apartó de sí mismo y empezó a andar.

Diez minutos más tarde los cuatro se encontraban en el interior de la cantera, sentados sobre las rocas.

Cuatro y dos pistolas de rayos cósmicos.

Muy poco para tratar de dominar a La Cosa.

— ¿Qué decides?

Muriel le estaba mirando a los ojos cuando preguntó.

Avoa clavó los suyos en el suelo y tras una ligera vacilación contestó:

—Esperaremos.

— ¿A qué?

Desvió los ojos hacia Dee.

— ¿A que amanezca?

—No amanecerá. Avoa miró a Mary Jo.

— ¿Que no...?

—El sol se marchó, Avoa, y no volverá. Si lo hace tardará días o meses. Nunca se sabe.

Avoa no respondió, pero levantó la cabeza y en el más absoluto silencio estuvo contemplando las estrellas, que nada le dijeron anteriormente y que nada le decían en aquel momento.

No obstante intuía que todo era lógico, incluso la muerte de Milk, la de hombres como aquél y como Dee.

Había una causa, una verdad, pero escapaba a su mente antigua, tan antigua... milenios, pero sin experiencia desde que dejó de existir en el pasado hasta el momento presente.

La de ahora era demasiado corta para poderse formar un juicio acertado.

Lo que ya no era lógico, era el modo como desde la «silla», había ido a parar allí, ni qué proceso habían seguido sus moléculas para ser trasladadas a aquel lugar.

Bioquímico...

Jill dijo eso, pero no cuadraba con sus propios pensamientos.

¿Congelación?

Cuándo, cómo y quién lo hizo... con un cadáver que seguramente de la silla fue a la Morgue para que le hicieran la autopsia.

¿O acaso no se la hacían a los ejecutados?

Dejó de pensar para mirar a Mary Jo.

— ¿Cuándo ocurre eso?

— ¿La desaparición del sol?

—Sí.

—Nunca se sabe, Avoa. Ni el consejero ni «Multivax» tienen conciencia de cuándo va a ocurrir ni cuándo regresará. Tal vez ahora no lo haga nunca.

— ¿Quieres decirme con eso que no tendremos luz en meses, años o siempre?

—No. «Multivax» tiene previsto esto. El nos alumbrará. Incluso tendremos calor, como si se tratara de otro sol, pero...

Recordó a Jill, pero lo que preguntó fue:

— ¿Ha tratado alguien de romper esa muralla?

Los tres le miraron fijamente.

—Estás loco, Avoa.

— ¿Lo crees así, Dee?

Le miró fijo, muy fijo.

—No se puede —respondió.

— ¿Ni con esto?

Dee y las dos mujeres miraron la pistola de rayos cósmicos con los ojos agrandados por el espanto.

Temblaban.

— ¿Vas a intentarlo?

—Sí, así es.

—Y moriremos todos.

—Ya estamos muertos —repuso Avoa, que hizo una pausa, al final de la cual preguntó, siempre mirando a Dee—: ¿Vienes?

Este desvió los ojos, hacia Muriel que se había sentado a sus pies y tenía la cabeza puesta en sus rodillas.

— ¿Qué debo hacer? —preguntó.

Muriel les miró *a* los dos, y antes de responder, sus ojos quedaron prendidos en los de Mary Jo.

—Tengo mucho miedo —y su voz sonó aterrorizada—. Creo... creo que es mejor tratar de escondernos.

Siguió una pausa que se hizo extraordinariamente larga.

CAPÍTULO IX

El propio Avoa la rompió al ponerse en pie.

—Iré yo —dijo sencillamente.

— ¿Ahora?

Una vez más clavó los ojos en Dee.

—Quiero estar junto a la muralla antes de que salga ese sol del que me hablaste.

Empezó a andar con ánimo de rodear la cantera y salir por el lado opuesto en tanto que Muriel y Dee, incapaces de moverse, le miraban.

—Espera, Avoa, voy contigo.

La miró.

Mary Jo se le estaba acercando, llevando en la mano la misma arma que ya le viera, idéntica a la suya.

— ¿No tienes miedo? —preguntó.

—Mucho. Pero peor sería quedarme sola.

Le prendió de un brazo.

Avoa desvió los ojos hacia Dee.

—Tú querías saber la verdad —dijo.

—Así es.

—Y ahora...

—Antes ella no estaba conmigo.

— ¿Es así como piensas?

—En este momento sí.

Avoa ya no dijo más, dio media vuelta, sujetó a Mary Jo por la cintura y ambos emprendieron el camino hacia las murallas.

No estaban lejos, a menos de veinte minutos.

Avoa obligó a Mary Jo a que se detuviera a escasas yardas de las mismas y desde allí miró el trozo que tenía delante, y mentalmente se preguntó si alguna de aquellas armas que llevaba en la mano lograría taladrarla.

No lo esperaba, pero deseaba probar, a pesar de estar plenamente convencido de que «Multivax» jamás cometería un error como aquél.

— ¿A qué esperas?

—El amanecer.

— ¿Para qué?

Avoa hizo una mueca.

—Trataré de buscar un punto que me parezca más vulnerable.

— ¿Y si no lo encuentras?

—De todos modos, Mary Jo, no estaremos peor que nos encontramos en este momento, ¿verdad?

No respondió.

Sólo se limitó a mirarle a los ojos cuando Avoa la tomó del

brazo.

—Ven —dijo.

— ¿Adónde?

—Buscaremos un sitio para descansar.

No respondió, se limitó a seguirle, a lo largo de la muralla, por espacio de diez minutos, hasta que se detuvo por propia iniciativa.

— ¿Para qué seguir? —preguntó.

Avoa la miró.

—Vamos.

Mary Jo denegó con la cabeza.

— ¿Para qué? —preguntó—. ¿Es que no te das cuenta? Todo es igual. Esta muralla no cambia. Es así… hasta la Gran Casa, lo mismo que por el otro lado. Es… horrible, Avoa, pero cierto. No encontraremos un lugar para descansar si no volvemos a la cantera y si lo hacemos, tú no estarás cerca de la muralla cuando amanezca.

—Y eso, ¿importa mucho?

Sin responder, Mary Jo se encogió de hombros, se apartó de su lado, se acercó a la gran muralla y se sentó en el suelo con la espalda pegada a la frialdad de la misma.

Sobre sus cabezas las estrellas continuaban su inacabable desfile.

Avoa se acercó.

—Levántate, regresaremos a la cantera. Tal vez encontremos a Dee y a Muriel.

Ella le dedicó una triste sonrisa.

—No estarán —dijo—. Ellos tienen aún más miedo que nosotros.

Avoa no contestó, se limitó a acercarse más y se dejó caer a su lado.

Al rodear su talle con su brazo, atrayéndola contra sí mismo, preguntó:

— ¿Es esto lo que deseas?

—Jamás deseé eso.

— ¿Y ahora sí?

Se encogió levemente de hombros.

—Ya no importa, Avoa —vaciló un poco sin dejar de mirarle a los ojos—. Antes quería tener hijos, otro modo de vivir, no tener que esperar la muerte para crear otra nueva vida. Es… algo que no sé cómo explicar. Ahora… ahora… eso quedó atrás con la muerte de Milk.

— ¿Quién era Milk?

—Vivía conmigo; como Dee con Muriel.

— ¿Le amabas?

Por segunda vez, Mary Jo se encogió de hombros.

—Ahora —repitió una vez más—, nada de eso cuenta ya.

—En ese caso, ¿qué es lo que quieres?

—Nada. Estoy muy sola, ¿sabes? ¿Qué puedo querer?

—Ven conmigo.

Se apartó un poco y entrecerró los ojos.

— ¿Para siempre?

— ¿Y por qué no?

Mary Jo notó cómo la presión del brazo en su cintura se intensificaba.

— ¿Crees que merece la pena? Nos queda poco tiempo, Avoa, muy poco —se apartó más—. Si dejara que me besaras estaría perdida. Por favor, Avoa, no lo hagas.

No lo hizo, y se puso en pie.

Mary Jo le imitó.

— ¿Qué es lo que quieres?

—Ir a la Casa Grande.

— ¿Para qué?

—Para morir… y matar. Quiero la vida del consejero, y si puedo, la de La Cosa.

—Es una venganza, ¿verdad?

—Es… Milk… tú mismo, y todos los hombres que pueda haber… y todas las mujeres que sienten dentro de la Ciudad Muerte lo que siento yo. ¿Vienes?

Tenía la mortífera arma a la altura de la cadera cuando se volvió cara a la muralla.

—Espera —dijo.

— ¿Para qué?

—Vine a comprobar esto y no voy a irme sin hacerlo. Tiéndete en el suelo, ¿quieres?

—Pero…

—Vamos, date prisa; no voy a perder mucho tiempo.

Sin dejar de observarle, Mary Jo lo hizo.

Avoa permaneció en pie, frente a la muralla, calculando el ángulo de tiro y el del rebote, si es que lo había, y de un modo repentino se puso de rodillas ante la atenta mirada de Mary Jo.

Apretó el disparador o su equivalente y el rayo partió.

Treinta yardas a su derecha, el rayo se estrelló contra la muralla, hubo un chispazo azul y la lengua fina como una aguja saltó hacia atrás y se perdió en dirección a la cantera.

Hubo un estallido y una de las paredes calizas se volatilizó en una leve columna de humo naranja y azul.

Avoa no volvió a disparar.

Se acercó, pero cuando llegó a la muralla, Mary Jo se encontraba directamente a su espalda.

— ¿Qué... qué es eso...? —preguntó sujetándole de un brazo—: Nunca vi nada que se le pareciese.

Avoa se acercó más y sin responder, sin tocarla, estuvo examinando aquella parte de la muralla.

Podía ser acero lo que el rayo había dejado al descubierto, produciéndole una ligera raspadura, como podía ser una nueva clase de metal cuya aleación era completamente desconocida para él.

—Puede ser acero —respondió—, pero lo dudo, sin un examen previo.

— ¿Acero...? ¿Qué es acero?

—Algún día, si vivimos lo suficiente, te lo explicaré. — ¿Por qué no ahora?

—No hay tiempo, y tampoco lo entenderías. Ella no respondió.

Miraba, como fascinada, la capa de roca y piedras, tierra, que había caído al suelo, dejando al descubierto una milésima parte, una partícula infinitesimal de la verdadera composición de la muralla.

¿Por qué aquello?

Avoa no lo comprendía.

¿Contra qué?

¿Contra gentes que sólo conocían como arma las piedras, los picos del mismo material y los palos?

¿O había algo más?

No lo sabía; sólo de un hecho estaba seguro, de que si verdaderamente existía una razón por todo, escapaba a su comprensión.

La mano nerviosa de Mary Jo sobre su brazo hizo cambiar el curso de sus ideas.

— ¿Sí...?

—Vámonos.

— ¿A la Casa Grande?

—Sí, es preferible terminar de una vez —miró a su alrededor y se estremeció—. ¿Es que no comprendes, Avoa, que ya todo es lo mismo?

Y en su voz había desesperación.

No respondió, no lo hizo porque la comprendía.

—De acuerdo —dijo al fin, y tras un largo silencio—. Y luego…

—Iré contigo si es eso lo que quieres.

Avoa tampoco respondió porque ambos sabían que aquellas palabras eran convencionales, que posiblemente ninguno de los dos llegaría vivo a la Casa Grande o en su defecto, les eliminarían allí.

«Multivax» jamás dejaría que nadie averiguara la verdad.

Cuando las estrellas se detengan…

Sintió tentaciones de reír y la miró, reprimiéndose.

A su lado, Mary Jo, también silenciosa como una tumba, con el arma en la mano, exactamente igual que él mismo, caminaba sombría, sin mirarle, pendiente única y exclusivamente de las sombras de la calle que acababan de pisar, de los oscuros portales, y del silencio que reinaba por doquier.

La Casa Grande, la escalinata de mármoles de colores y al frente la gran puerta movida por energía nuclear o por cualquiera sabía qué clase de cerebro electrónico.

Tal vez por la computadora que Jill le mostrara.

—Es la única entrada, ¿verdad?

—Sí, así es —vaciló un poco y afirmó—: Tengo miedo, Avoa. ¿Nos volvemos…?

—Me temo, pequeña, que eso ya no es posible.

—Pero… pero, ¿por qué? Yo…

Estaba temblando, sus labios y sus pechos redondos y firmes acusaban aquel temblor y la palidez de su rostro era color ceniza.

—Avoa…

— ¿Sí...?

—Yo... Si hubiera otro lugar por donde entrar.

Recordó a Dee.

Salieron por allí, por la puerta principal sin que les vieran ninguno de los miembros de la guardia.

¿Por qué ahora no podía ocurrir así?

Terminaba de formularse aquella pregunta cuando la voz viniendo de su izquierda les petrificó:

—Tira el arma, Avoa, o la mato. Tírala, tienes un par o tres de segundos para obedecer.

Se volvieron en redondo.

Muy cerca de ellos, a su espalda, vio a dos miembros de la guardia llevando a Dee, en tanto que Jill conducía a Muriel hacia ellos.

—Estoy esperando, Avoa.

— ¿Lo harías, Jill?

—Sigue preguntado y será el final. El tuyo y el de ella.

No respondió, y abrió los dedos dejando caer el arma, que rebotó en los escalones de mármol hasta llegar al polvo picante de la calle.

A su lado, sin pronunciar palabra, Mary Jo hizo lo propio.

CAPÍTULO X

—Siéntate, Avoa.

— ¿Para qué?

El consejero hizo un gesto de impaciencia.

—No lo hagas si no lo deseas —dijo; miró a Dee que se mantenía un tanto apartado junto a las dos mujeres, custodiado por los dos miembros de la guardia y Jill, y prosiguió—: ¿Qué tienes que decir, Dee?

Miró a las mujeres, desvió los ojos hacia Avoa y finalmente respondió:

—Deseamos la verdad, consejero. Queremos ver a «Multivax». Él lo sabe.

—Duerme.

—Eso no es verdad.

El rostro impasible del consejero se contrajo.

—Está durmiendo —repitió—. El sol volverá dentro de poco, con

el amanecer. Por eso duerme. La Ciudad Muerta no le necesita.

Dee avanzó unos pasos seguido por los ojos de Jill y los de los dos miembros, y se detuvo al lado de Avoa.

—Vamos a entrar, consejero —dijo lentamente—.

Avoa y yo. Queremos los libros. Queremos que las mujeres tengan hijos, y que la vida triunfe por encima de la muerte, y no lo contrario. Danos la llave.

— ¿Qué llave?

Dee levantó la mano y señaló por detrás de él.

—La de esa puerta. Detrás está La Cosa. Ella nos contestará.

—Si cruzas el umbral no vivirás para contarlo, Dee. «Multivax» te eliminará.

—Eso puede o no ser verdad —medió Avoa—. Vamos, la llave.

Jill avanzó unos pasos con la pistola de rayos cósmicos a la altura de la cadera.

—No existe, Avoa —le replicó, ya frente a él—. «Multivax» la abre desde dentro.

—Quiero verlo.

—No puedes. Nadie puede; ni tú ni ellos, Avoa.

— ¿Vas a tratar de impedirlo?

— ¿Y por qué no?

Avoa miró al consejero.

Interpretando su mirada, intervino:

—No lo hagas, Jill. A «Multivax» no le agradaría.

— ¿Por qué no?

—Avoa es el elegido para cuando se detengan las estrellas. ¿O lo has olvidado?

El mismo Avoa se sorprendió.

—También es el enemigo, como todo el que quiere molestar a La Cosa. —Jill retrocedió unos pasos sin dejar de apuntar a Avoa mientras que las manos del consejero desaparecían entre los pliegues de la túnica—. Voy a ejecutarte, Avoa, ¿lo sabes? Soy la guardiana de «Multivax» y no puedo ni debo dejarte pasar. No hasta que todo termine, si es que termina alguna vez. No hay pruebas de que La Cosa esté en lo cierto. No hay pruebas de nada. Nadie vio esos libros, ni el consejero, ni yo misma. «Multivax» puede o no mentir, pero una cosa sí es cierta; él tiene la llave de los poderes, del bien y del mal, y no cruzarás esa puerta porque vas a morir; tú y ellos. De todos modos prefiero ser yo que te regresé a la vida, la que termine contigo antes que lo haga La Cosa tan pronto como cruces el umbral.

—Vine, sí, pero no me trajiste por tu voluntad, Jill. Fueron órdenes de La Cosa. Tú misma y el consejero me lo dijisteis. Vamos, ¿a qué esperas?

Dio unos pasos al frente, Jill levantó el arma, Mary Jo lanzó un pequeño grito justo en el momento en que el consejero sacaba la suya también armada de la extraña pistola de rayos cósmicos.

—No hagas eso, Jill. Antes hay que darles una oportunidad, la de regresar a sus hogares y olvidarse de la Casa Grande hasta que las estrellas...

No terminó, ni Jill pudo hacer uso de su arma.

En aquel preciso instante hubo una sacudida, muy leve, como el principio de un terremoto cuyo epicentro se encontrara a miles de millas de distancia, se tambalearon ligeramente, hubo un lapsus de silencio, un chispazo, y ante los atónitos ojos de Avoa, Dee, Muriel y Mary Jo, el consejero se contrajo, se retorció, y de su cabeza empezó a surgir una tenue columna de humo.

Cayó al suelo donde continuó retorciéndose.

Un poco más allá, a los dos miembros de la guardia les ocurría lo mismo y Jill dejaba caer la pistola, lanzó un gemido, se dobló hacia adelante, cayó de rodillas, hubo otro chispazo y su cuerpo hermoso de robot se retorció durante unos segundos y terminó por desaparecer en la nada en compañía del consejero y los otros dos miembros de la guardia.

Fuera, en las distintas dependencias de la Casa Grande, los restantes también habían desaparecido, víctimas del mismo proceso de autodestrucción, ideado hacía milenios, para que se pusiera en

funcionamiento precisamente en aquel preciso instante y sin un solo segundo de retraso; sin un solo fallo, sin una milésima de segundo de error.

De los cuatro, la primera en lanzar un grito mientras se precipitaba contra el pecho de Avoa, fue Mary Jo.

—Sácame de aquí, Avoa. Sácame de... de... ¡Oh, es horrible! Vá...monos... yo... yo...

Se la quitó de encima como pudo y clavó los ojos en Dee, que silenciosamente sujetaba a Muriel, al borde de un colapso nervioso.

— ¿Qué... qué fue eso? ¿Tú lo sabes, Avoa?

La voz de Dee sonaba ronca, casi irreconocible.

—No del todo —repuso—. Eran mutantes. Robots, si lo quieres así. Incluso Jill. Y perfectos. Me engañaron a mí —continuó mirando la puerta tras la cual, según la Jeyenda, se encontraba una cosa llamada «Multivax»—. Vamos, Dee, sacaremos a las mujeres de aquí. :

— ¿Y luego...?

—Entraré ahí completamente solo.

— ¿Para...?

—Los libros. Si es verdad que existen tienen que estar ahí, y yo quiero una explicación. Dee, ¿te das cuenta de que ahora sólo quedamos nosotros y los de fuera; que estamos solos en la Ciudad Muerta sin saber lo que va a ocurrir y...?

Sin pronunciar palabra, Mary Jo tiró de él hacia fuera y ahora no protestó.

Salieron sin volver la cabeza, con miedo, con terror, deseando huir de allí, pero sin atreverse a salir corriendo.

Como si algo maligno, algo que no se veía, pero que se palpaba en el ambiente se lo impidiera.

La escalinata.

Empezaron a descender.

Y de los cuatro, fue Muriel la que miró hacia arriba.

—Dee… —exclamó en un aterrorizado grito y abrazándose a él —. Mira, Dee, las estrellas…

No hacía falta que continuara porque tanto Avoa como Dee y Mary Jo estaban mirando ya.

Era impresionante y extraño, terrorífico…

Las estrellas ya no se movían; se mantenían fijas, tintineando en el espacio, sobre sus cabezas, exactamente como el propio Avoa las había visto durante noches y noches, allá en un planeta llamado Tierra.

En un planeta que fue el suyo durante años. Desde su nacimiento hasta el día de su ejecución, allá por el año…

No eran las mismas estrellas, las mismas constelaciones, como ya pudo apreciar horas antes, pero se mantenían fijas luego de aquella leve sacudida.

A su alrededor, la Ciudad Muerta dormía.

—Se… se han detenido, Avoa…

Entonces se desmayó.

No llegó a tocar el suelo porque antes la sujetó tomándola en sus brazos.

Miró a Dee.

Los dientes de Muriel entrechocaban.

— ¿Vienes?

— ¿Dónde?

—Ahí dentro.

—«Multivax» terminará con nosotros como lo hizo con ellos.

—Sí, puede ser, pero voy a entrar. Tú, puedes quedarte con Muriel aquí, en la escalinata, pero no hables de esto con los demás. No antes de que vuelva.

—Pero La Cosa…

—Si hubiera deseado hacernos mal alguno, a esta hora ya no viviríamos.

—Pero, ¿por qué al consejero y a Jill? ¿Por qué a ellos y a nosotros no?

—La verdad está ahí dentro, Dee, y no hay... no hay... —incapaz de continuar sin ayuda ajena con su incompleta frase, prosiguió en una brusca transición—: Mary Jo se quedará con vosotros.

No fue así.

Había abierto los ojos y le miraba fijamente.

—Suéltame, Avoa —dijo sencillamente—. Dime, ¿dónde vas?

—Dentro; quiero hablar con La Cosa. Estamos solos, ¿comprendes? Los otros tal vez estén durmiendo en sus casas, o tienen tanto miedo que no se atreven a salir —la soltó y dando media vuelta empezó a alejarse hacia la gran puerta que se mantenía completamente abierta como si el mecanismo que la movía se hubiera deteriorado o fuera ahora tan inservible como los robots de «Multivax», añadiendo de paso—: Espérame.

Subió dos o tres escalones y ella dijo directamente a su espalda:

—Espera, Avoa, voy contigo.

No se volvió, pero se detuvo; luego empezó a andar llevándola colgada de su brazo.

La Sala de los Sillones.

Avanzaron unos pasos, hasta el centro, y justo al llegar allí, aquellos empezaron a girar sobre invisibles pivotes mientras que un trozo de panel se deslizaba a un lado.

Los sillones desaparecieron, el panel recobró su posición normal, se oyó un leve chasquido, un zumbido, y ante la expectante mirada de Avoa y la aterrorizada de Mary Jo, el panel que siempre estuvo cerrado a espaldas del robot consejero empezó a deslizarse a la izquierda dejando un hueco en su lugar.

Y el leve brillo de una claridad de bombillas, de luces eléctricas, de luces de distintos colores.

Luego el silencio.

Avoa no se movía, y no lo hizo hasta que sus ojos tropezaron con una de aquellas armas; entonces se inclinó, la tomó entre sus manos y empezó a andar, paso a paso, llevando el cañón a la altura de su cintura.

El, que no tuvo miedo de morir en la silla eléctrica, temblaba ahora ante la inminencia de enfrentarse con La Cosa.

Con «Multivax» o con el factor desconocido.

A su espalda, Mary Jo, notando que las piernas le temblaban, que estaba a punto de sufrir un nuevo desmayo, le siguió, lo que dio lugar a que ambos, de nuevo muy juntos, cruzaran el umbral.

Apenas hacerlo se enfrentaron con «Multivax».

Frío, silencioso, con todos los circuitos apagados, excepto los que servían para alumbrar, y la gran pantalla de televisión que en aquel momento empezaba a iluminarse.

Ante ellos estaba la computadora más completa que habían contemplado ojos humanos, el cerebro electrónico más completo que fue creado por el hombre y que una vez cumplida su misión esperaba a dar las últimas instrucciones antes de autodestruirse lo mismo que ya hiciera con los que le sirvieron durante milenios.

La pantalla…

Notando la mano nerviosa y temblorosa de Mary Jo en su brazo, avanzó unos pasos en aquella dirección y lo vio.

Un espectáculo que jamás creyó que llegaría a contemplar.

Arboles, al fondo las montañas de extraño colorido y sobre los picachos, en la inconmensurable distancia, las claridades de un huevo día, y sin esfuerzo alguno comprendió que fuera de la Gran Casa, en la Ciudad Muerta, la claridad del sol empezaba a alumbrar también.

Pero la de un nuevo sol.

— ¿Qué… qué es eso?

Avoa no respondió.

Pensaba y lo estaba haciendo intensamente en tanto que frente a sus ojos la pantalla volvía a quedar en blanco, para iluminarse de nuevo a los pocos segundos.

Un mensaje; corto pero expresivo, como todo lo que hacía «Multivax», el último mensaje de la máquina que cumplida su misión se rendía al hombre de la Nueva Edad de Piedra.

> «Veinticuatro horas para abandonar mi compañía, terrícola. Si no lo haces, serás destruido lo mismo que yo.
>
> »Es el último mensaje de "Multivax". Suerte.»

— ¿Qué... qué... quiso decir, Avoa?

El hombre del pasado no contestó, continuaba pensando mientras que lentamente, frente a sus ojos, el mensaje se iba borrando hasta que no quedó absolutamente nada.

A continuación la pantalla se apagó.

Se miraron.

— ¿Y ahora...?

Avoa se encogió de hombros.

Había algo más, algo que era la clave de todo... y que estaba en los libros.

Se volvió llevándola, como siempre, cogida a su brazo.

El panel se descorría a un lado dejando al descubierto circuitos, bombillas, lámparas de distintos colores, pero sin vida, como muertas, y la estantería de metal.

—Ayúdame, Mary Jo —pidió.

Ella lo hizo.

Libros, muchos libros, pero sólo tomó tres; entre ellos un diario del año de su ejecución.

—Vámonos...

— ¿Dónde?

—Fuera.

Salieron.

Veinticuatro horas y la Ciudad Muerta sería destruida.

Avoa depositó los libros en el suelo del Salón de los Sillones.

El diario… eso era lo primero, el resto podía esperar. Allí estaría la clave de todo, tenía que estar.

Lo abrió por la primera hoja y lo hizo temblando mientras que su alma era sacudida por un vago sentimiento de terror.

A su lado, Mary Jo no se movía.

Tampoco se daba cuenta de que sus rodillas se clavaban en el duro suelo, ni de que se hacía daño.

Nada contaba para ella como no fuera la expresión de los ojos y rostro de Avoa.

Transpiraba.

Gotas de sudor caían sobre el papel y su rostro se volvía pálido a medida que iba leyendo párrafo tras párrafo.

> «…El sacrificio del científico Avoa ha sido estéril. 0 lo será. Cierto que él no lo sabe ni tal vez llegue a enterarse nunca. El veredicto de esta mañana ha sido el de culpabilidad. Culpable por destruir los planos de uno de los artefactos más diabólicos y perfectos que la mente humana puede concebir. Culpable por tratar de salvar a la Humanidad y a nuestro planeta. Nadie escuchó sus explicaciones, nadie le dio una oportunidad a este muchacho y la sentencia fue a muerte. Culpable… y la bomba será lanzada a pesar de la destrucción de los planos, ya que la pareja de hombres que la crearon los llevan grabados en su mente. Todo inútil, Avoa… y gracias en nombre de la Humanidad… que tan mal te ha pagado. Culpable por traicionar a tu patria, Avoa. ¿Has pensado alguna vez en esa ironía…?»

Temblaba a medida que iba pasando las hojas, buscando los párrafos más interesantes hasta que encontró otro.

> «No lo esperaba, pero vi a Avoa en la Morgue. No sé lo que me impulsó a acercarme y me llamó la atención el color de su piel. Lo reconocí sobre el mármol blanco de la mesa donde lo habían colocado. Era... Bueno, podía ser catalepsia a causa de un fallo en la corriente, en el voltaje que debía matarle y le habían dejado allí, como muerto. Cierto que también podía estar equivocado, pero... No pude más, porque en aquel momento algo me lanzó contra la pared y perdí el conocimiento.»

El estado de Avoa era febril cuando continuó pasando hojas hasta dar con lo que buscaba.

> «La bomba fabricada en conjunto por mentes USA y soviéticas fue lanzada y la predicción de Avoa se cumplió. Eso fue lo que me hizo perder el conocimiento, la conmoción que sufrió el planeta al ser sacado de su órbita y de su movimiento de traslación y rotación, hasta tal punto que los polos se invirtieron tomando la situación del Ecuador y viceversa por lo que los hielos empezaron a cubrir el planeta. Pero hacía tiempo, grupos de hombres que como Avoa creíamos en aquello, estábamos construyendo la Ciudad Muerta, porque a partir de ser lanzada al espacio, todos estarían muertos durante generaciones y generaciones. Era escapar de un destino brutal, provocado por la ambición y las ansias de poder de algunas naciones; hacia uno cualquiera de los planetas que giraban en los confines del universo, a un millón años luz de distancia. Una nave con apariencia de ciudad, y «Multivax», la computadora, el cerebro electrónico capaz de llevar a cabo este viaje a través del tiempo y el espacio. Un cerebro no mortal, pero que se autodestruirá a su debido tiempo, ya que el progreso,

> la palabra «progreso», tal y como se entiende en este momento, sólo significa destrucción. «Multivax» tiene instrucciones al respecto. Nadie, hasta la llegada, hasta que abandonen la nave intersideral, podrá tener un hijo hasta que otra persona muera. Es la principal base de supervivencia en los primeros siglos...»

Avoa cerró el libro; había comprendido.

Lo que faltaba era él mismo, pero para finalizar con la parte de su historia tenía tiempo. Ahora sabía que Sir Gordon, del Centro Científico de Londres, en visita oficial a Nueva York, de un modo u otro tomó lo que todos creían su cadáver y le llevó al interior de la Ciudad Muerta introduciéndolo en una cámara de congelación donde se mantuvo durante siglos hasta que «Multivax», programado al respecto, se decidió a volverle a la vida.

Ahora...

Se explicaba las altas murallas, el viaje de las estrellas siempre marchando en la misma dirección, en sentido contrario a la nave, y sobre todo, la capa que les cubría, de un metal duro y tan transparente que a simple vista no se distinguía.

Murallas que sólo eran los costados de la nave espacial que les conducía y la Casa Grande la computadora, los circuitos, los mandos piloto que la habían llevado hasta allí y que por el mismo procedimiento la hicieron tomar tierra en aquel planeta que «Multivax» le mostrara no hacía mucho en la pantalla televisiva.

Se puso en pie y la silenciosa Mary Jo le imitó.

—Ven conmigo —dijo.

Y su voz sonaba excitada.

— ¿Dónde?

—Dentro, quiero ver una cosa.

Le siguió sin pronunciar palabra, mirándole como a un dios, incapaz de contradecirle en lo más mínimo.

Ahora sin una sola vacilación, Avoa se acercó a la computadora y por espacio de varios segundos estuvo observando detenidamente el cuadro de mandos que tenía frente a sí mismo, cubierto de botones.

Blancos y uno rojo.

La señal era evidente.

Tampoco vaciló al hundir el dedo en él.

Algo empezó a zumbar haciendo estremecer la inmensa nave.

— ¿Qué… qué… has hecho?

—Estoy abriendo las puertas de esta nave intersideral, Mary Jo —dijo—, porque hemos llegado a un nuevo mundo. Voy a bajar, ¿comprendes? Luego llamaremos a los demás, pero no antes de que haya comprobado dónde nos vamos a… a…

—Voy contigo… pero tengo mucho miedo.

Avoa la prendió de la cintura.

—Yo tampoco estoy tranquilo, Mary Jo, pero si todo sale bien, ya no tendrás que preocuparte de que una persona muera para poder tener hijos.

— ¿Es eso…?

—Sí, lo es. Nunca más, muchacha, ¿comprendes?

—No, no mucho, pero voy contigo.

— ¿Para siempre?

—Sí, así es…

Descendieron.

El sol, como una bola de fuego, se elevaba hacia el cénit por encima de las cercanas montañas.

Entre las estrellas que ahora no se veían, alguien parecía cantar un nuevo Aleluya…

FIN

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Una
ventana
abierta al futuro
gracias a la pluma
de unos autores
que constituyen
para los aficio-
nados a
la

"CIENCIA-FICCION"

la mejor garantía de calidad



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.
Impreso en España
Printed in Spain